

EL MUNDO.

TOMO I.

MEXICO, ENERO 16 DE 1898.

NUMERO 3.



Antes del baile.

[Dibujo de Antonio Bribiesca]

LA SEMANA

El Invierno se va, agitando su imperial manto de armiño sembrado de abejas; se va y nos deja tristes porque después de todo esos días helados, esas tardes grises, esas noches en que el cierzo golpea con sus alas las vidrieras, son bellos. Nos proporcionan inocentes voluptuosidades. Refiere el conde José de Maistre, literato francés muy sutil y siempre embelesador, que en Italia, en invierno, ordenaba á su ayuda de cámara que le despertase á las seis de la mañana.

—Un conde madrugador!

—No, amiga mía, un conde refinado.

Sabe usted para que ordenaba ese pícaro escritor que se le hablase á las seis? Pues para no levantarse.

Al despertar, bajo el mullido edredón de su lecho, en su elegante alcoba de soltero, llena de los vahos tibios de los caloríferos, el conde se decía:

—A esta hora innumerables obreros van por esas calles de Dios hollando con sus zapatos burdos las gruesas capas de nieve y soplándose los dedos amoratados; muchas grisetas recorren los bulváres en pos del taller, trotando desesperadamente para calentarse; numerosas campesinas van á la fuente sobre la cual se congelan en brumas de cristal los vahos de la mañana. . . . Y entretanto, yo, sin urgencia alguna de levantarme, con la perspectiva de un día agradable, pasado en labores fáciles, en *flanéo* embelesador, en visitas cautivadoras, dormito en un lecho tibio y veo como en los vidrios de mi ventana se cristaliza el aliento del invierno.

Y dicho esto, el conde José de Maistre se volvia del otro lado y descabezaba un nuevo sueño.

Pero el ayuda de cámara tenía orden de despertarle cada hora: á las seis, á las siete, á las ocho, á las nueve, y el buen conde enhebraba en cada una de esas horas el mismo plácido monólogo y tornaba á dormirse hasta que el sol maculaba con su rojiza mancha circular el cenit azul espolvoreado de oro.

Y bien, mexicanita frágil y delicada que en verano te levantas con el alba, y con los eburneos brazos desnudos cuidas tus pájaros y cultivas tus macetas, y en invierno te acurrucas como palomita blanca bajo las colchas de seda azul ó rosa de tu lecho, no es verdad que eres reo del mismo pecado, de ese horrible y delicioso pecado del conde José de Maistre?

Vamos, confíesamelo sin rubores á mi, que soy un amigo indulgente, siempre dispuesto á perdonar cuando imploran unos ojos hermosos.

Cuantas veces la voz, severa y cariñosa al propio tiempo, de mamá, llega á tus oídos, muy temprano para tí, tarde para la dama, diciendo:

—Ea! perezosa, ya es hora!

«En santa Brígida llaman á misa; levántese y no pida el coche que el ejercicio le hace falta.

Cada día está más pálida y el apetito se va y después hay que menudear la emulsión.»

Tu haces un delicioso mohín de disgusto, yo he adivinado ese mohín! tornas á acurrucarte y clamavas con voz melosa:

—Otro ratito nada más, mamá; únicamente otro ratito.

Y mamá, que al fin y alcabo no es un Nerón á pesar de aquellas miradas que clava en las tuyas cuando miras al novio de soslayo, y de aquellas reprimendas cuando dialogas con él desde el balcón, te concede esa tregua, ese plazo, y tu reanudas los hilos de oro de tu sueño.

Y es que la dicha no es completa si nó se dá una cuenta de que la disfruta; es que la misma bienaventuranza sin la conciencia refleja de que se es objeto de ella, valdría poco. . . . menos que el beso aquel que diste en la mejilla de Concha, la picaruela que te quería quitar á tu novio.

* *

Más ya huyeron los días helados, ya es agradable saltar á buena hora de la cama, sustraerse al calorcito de las sedenas ropas y acudir al llamado de la esquila que parlotea desde la torre. Apenas si Febrero trae unas cuantas horas de frío, porque Febrero es loco como los poetas, y luego torna la primavera que en realidad no se ha ido.

He aquí pues que desaparecen tus voluptuosidades: el despertar alborozado en la alcoba tibia, el vaso de punch que humea, en las tardes grises, sobre la mesita de laca; la velada junto al piano

harmonioso; el paseo á través de la niebla sutil del atardecer, en el rinconcito muelle del cupé cerrado, la caricia del boa de nutria que se enreda á tu cuello de marfil.

Si en este México no hay que creerse del invierno!

Estamos en Enero y sin embargo ya puedes llevar en el corpiño flores frescas! flores locue-las que se ríen por todos sus pétalos y por todos sus estambres de nuestro buen frío!

* *

El Circo Orrin ha levantado su tienda de la provincia y torna á Villamil. Vendrán los buenos domingos para los niños y para los viejos; para los niños que se deleitan con Bell y para los viejos que se deleitan con los niños. El goce en los pequeñuelos, tiene luz propia: se difunde, irradia é ilumina; tiene resplandores de oro en las sonrisas y sonoridades de campanas de cristal en las carcajadas. El goce en los que ya descienden el agria cuesta de la vida, es goce de reflejo. Esos espíritus cansados son las perennes lunas de la alegría. Ya no pueden irradiar más que una luz prestada.

Pero quien es más feliz? el que difunde luz ó el que la refleja? Que es más hermoso en la vida, ser luna ó ser sol?

La luna es doliente, pero ilumina y su fulgor no abrasa. . . .

Para quienes han matado el egoísmo de uno y solo admiten el *divino egoísmo de dos*, para quienes viven por los que aman y han enarbolado ante el combate la bandera del afecto paternal, el goce de los suyos es más precioso que su goce. Por esto sería difícil determinar quien es más feliz en el circo: si los niños que agitan sus manos como mariposas de nieve ó los viejos que sonrien blandamente ante las sonrisas de los niños.

No se sabe quienes radian ahí mejor, si los espíritus soles ó los espíritus lunas. . . .

Y luego que el espectáculo es bello de por sí; se piensa en los gimnasios paganos; el músculo se hincha poderoso y la curva se tiende triunfal. Hay torsos que parecen robados á un museo de mármoles griegos. Hay espaldas capaces de soportar las puertas de Gaza; hay puños aptos para extrangular á la hidra de Lerna.

Y Bell. . . . es la eterna mueca triunfante. . . .

Si yo pontificase canonizaría á ese clown: en nombre de las risas de los niños y en nombre de las sonrisas de los viejos; en nombre de la alegría, que divinizaron los griegos; en nombre de los goces que alivian y que ya quieren dejarnos.

Es tan bueno reír para esos espíritus que surgen á la vida! Bell ha hecho bien porque ha hecho olvidar muchas cosas y el olvido es casi la beatitud.

* *

El Presidente de la República ha emprendido un viaje triunfal á través de magna extensión del territorio.

El *Zaragoza*, ese buque avezado á todas las tormentas y cuya bandera es ya *conocida de todos los mares y de todas las playas*, le llevó en su seno hasta la barra de Tampico. En San Luis el entusiasmo ha salido al paso del hombre público y se han organizado innumerables fiestas en su honor. Muchos mexicanos hay en aquellas regiones tan apartadas del centro, que no conocían al viejo Jefe, y que hoy le verán, viril, y joven todavía de espíritu y de cerebro, bajo las nieves de sus cabellos blancos.

* *

Mazzantini se va después de haber triunfado; tras pasear en medio de las aclamaciones los oros y las sedas de su ropilla.

Se va tras habernos recordado de una manera elocuente que vale más hoy por hoy saber hundir un estoque en el testuz de una bestia que muchas otras cosas, quizá más nobles, de la vida.

Pensar, escribir, molestar sobre el papel el ánfora de las excelsas ideas; encadenar con hilos de oro las perlas de la rima; enhebrar frases áureas, doctrinar, enseñar, ilustrar, ennoblecer. . . . Bellas futilidades ante las que el mundo deja ver un olímpico mohín de desprecio. Blandir el estoque, agitar como una llamarada la capa, mostrar ante un público ávido de lubricidades el contorno provocador de una pierna; vender lo que embriaga, lo que pervierte, lo que mata, he aquí algo infinitamente más productivo.

He calculado que un gran periodista necesitaría exprimir su cerebro durante tres años, siem-

pre que ganase doscientos pesos al mes, para obtener lo que ese torero privilegiado obtiene en dos horas de una tarde.

Si en una balanza, colocásemos la prodigiosa masa encefálica de un hombre ilustre, en un platillo, y la espada de un torero, en el otro Dios, ese Dios al cual Justo Sierra demanda que decida sobre el peso de los grillos de Colon, no evitaría que la espada del diestro pesase más por lo que ve á la lucha por la vida, que el cerebro del grande hombre.

En México donde diez mil gentes se sacrifican por contemplar á un torero, y un suscriptor de periódico se borra porque le es oneroso pagar un peso cada mes por proporcionarse lectura diaria, pasarán muchos años para que el fósforo del cerebro se justiprecie siquiera en el mercado como los cerillos. Y es que el talento constituye un efecto de lujo menos solicitado que los boas de nutria ó que los listones de gros.

En cuanto al arte, como ha dicho muy bien Oscar Wilde, *es absolutamente inútil*, si nó acierta, añadiríamos, á mostrar una pantorrilla plena, sinó se envuelve en la capa de un torero, sinó desciende á la chistera de un pelotari, si no alcanza á ritmar bebidas falsificadas en el mostrador de una cantina.

Todo duerme; solo la taberna vela, exclamaba un gran ruso.

En México velarán siempre pese á la moralidad administrativa, la Taberna y la Tanda, pero el arte dormirá mucho, mucho aún, hasta que lo despierte el espaldarazo triunfador de *Aquel que debe venir!*

AMADO NERVO.

Enero 15 de 98.

Política General.

Las grandes potencias en el extremo Oriente

No ha mucho tiempo que un grupo de fanáticos chinos en la península de Chan-Sang, atacaron una misión católica alemana, degollaron á varios sacerdotes y entraron á saco en la iglesia. Aquellos misioneros que en otro tiempo fueron expulsados de la tierra alemana, han sido el pretexto para que el emperador Guillermo ponga su mano codiciosa en tierra china con tanto anhelo ambicionada, y haga sentir su influencia en comarcas donde más sensible era la acción de la República Francesa.

No se limitó el soberano de Germania, como otras potencias lo habían hecho, á pedir la indemnización debida, reclamar el castigo de los culpables y exigir del Celeste Imperio las garantías debidas á sus súbditos, que entre los hijos de Confucio derraman con las semillas del evangelio los gérmenes vivaces de la civilización occidentales. La destrucción de las misiones encendió sus bríos, arrebató sus iras y dió orden á sus navíos de guerra, para que en su nombre tomaran posesión del puerto y de la bahía de Kiao-Chao, enarbolando orgulloso el estandarte imperial de negro y rojo.

Al asentar allí sus reales, al apoderarse de aquel girón de tierra china, no es con el objeto de simple amenaza para apoyar sus justas reclamaciones, sino para retenerlo de modo definitivo, para que sea la base de nuevas operaciones. Por eso envía á las aguas del remoto Oriente á su hermano Enrique, no montado en el cisne de Lo-hengrin, como los caballeros del Santo Graal para entonar los cánticos legendarios y vencer á los enemigos del trono al dulce són de las liras y los címbolos; va sobre poderoso acorazado, acompañado de formidables cruceros para hacer oír con la voz tonante de los cañones, la soberana voluntad del Cesar germánico.

* *

Incapaz de resistir, el imperio de los Hijos del Cielo se deja arrebatado lo que codicia el germano; pero esa debilidad abre puerta franca á todos los apetitos que se desbordan indomables sobre aquel pueblo, donde se han petrificado las civilizaciones antiguas; donde la clépsidra de los tiempos ha dejado caer su última gota; donde las multitudes se arrodillan humildes ante su soberano, se prosternan estúpidos ante sus mandarines, hunden la frente en el polvo ante sus sacerdotes y se aniquilan ante sus ídolos.

Por eso á la agresión del Emperador Guillermo han sucedido nuevas ocupaciones. Sin concierto previo, sin acomodación anterior, las potencias se

preparan ó proceden á tomar su parte de botín; y Rusia, la omnipotente Rusia, como por vía de tener una estación naval de invierno, manda su escuadra á Puerto-Arturo, plaza formidable que domina la entrada del Golfo de Petchilí y desde donde puede desafiar las escuadras enemigas coligadas; Francia se dispone á tomar posesión definitiva de la Isla de Hainau y la Gran Bretaña; que no quiere permanecer extraña á estas aventuras, que procede en línea recta en su propio beneficio, en medio de su espléndido aislamiento, congrega numerosos buques en el puerto coreano de Chemulpo, abre las arcas de sus tesoros para ofrecer á China empréstito cuantioso, protesta de la destitución de un empleado inglés que intervenía en las finanzas del reino de Corea, y hasta se murmura que, unida con el Japón, el revelador de las debilidades del coloso chino, el vencedor en las tremendas jornadas de Wei-Hai-Wei y Puerto-Arturo, está lista para oponerse en caso necesario á las demás potencias; si no le dejan su parte correspondiente en el reparto.

**

Cuando hace tres años los triunfos del Mikado alarmaron á la Europa, temiendo que las condiciones impuestas por el vencedor á la vencida China hicieran disminuir la influencia occidental y prevalecer la acción japonesa en aquellas comarcas, donde hay tantos y tan variados intereses, Rusia asociada á Francia y Alemania protestó contra el tratado de Shimonoseky y limitó en lo posible las desmedidas exigencias del Japón, tomando bajo su protección y amparo á los que habían sido humillados por la derrota.

Inútil era la resistencia, imposible por entonces de vencer el veto intruso, interpuesto por los poderosos de Europa. El Japón no pudo recojer todo el fruto que ansiaba de sus victorias, hubo de conformarse con la revuelta Isla de Formosa, tuvo que devolver la península de Liao-Tao que retenía en rehenes, y ceder á las amenazas del omnipotente moscovita.

Desde entonces la influencia rusa se hace sentir más duramente en los asuntos chinos: extiende sus cintas de acero á través de las estepas siberianas, cruza el territorio propio y el ageno hasta unirlos con el remoto Vladivostok.

**

Parecería que estas ventajas serían motivo para que el Czar cubriera con su egida al miserable soberano de Pekin; parecería que estando bajo ese abrigo China quedaría libre por algún tiempo de nuevos ataques: pero ¿quién puede fiar en las promesas de los diplomáticos? quién es capaz de sorprender los íntimos secretos y las ocultas tramas de los gabinetes?

Si Alemania toma á Kiao Chao, Rusia se apodera de Puerto Arturo y dueña allí del golfo de Petchilí, señora de las aguas del Mar Amarillo, teniendo en frente una serie de islotes escarpados que bien provistos pueden desafiar á todas las escuadras del mundo asentada al pie de la vetusta muralla, levantada para defender á los mongoles de las invasiones tártaras: la primera potencia de Europa, que hace pesarsus desiciones en los consejos de las demás, decidiendo á su talante voluntad la suerte de las naciones, la colosal señora del Neva, que parece llevar en los pliegues de su opulenta túnica la guerra ó la paz de los pueblos, se yergue soberana y tremola su estandarte, por encima de todas las sombras que envuelven las complicaciones del extremo Oriente.

**

Inglaterra, entre tanto, congrega sus escuadras allega sus elementos, derrama su oro á raudales, proporciona los medios para que China salde sus cuentas con el Japón por indemnización de guerra, parece tomar á su cargo la protección del grande y acuitado Imperio, junta con las suyas las que le parecen ofensas al Japón y desaires á su grandeza, y parece decidida á exigir de quienes han tomado posesión de territorio chino, que los puertos queden abiertos al libre comercio de todas las naciones, ó que acaben las nuevas factorías militares que pretenden establecerse.

Celosa también la Gran Bretaña de conservar su influencia en Corea, hasta se decide á compartirla con su antiguo rival el Imperio del Sol Naciente, con tal de no ver que el reino mogol se convierta en un simple protectorado ruso.

La maraña se enreda, el embrollo se hace inextricable, y citadas en las aguas chinas las ambiciones europeas, ávidas de poseer los inagotables

mercados que allí se abren á la codicia, no sería difícil un choque tremendo entre tantos y tan opuestos intereses encontrados.

El Príncipe Enrique, á bordo del buque almirante *Deutschland*, tiene orden de volver coronado de laureles. ¡Ojalá no se deje llevar por los arrebatos de su augusto hermano, y puedan en transacciones pacíficas acallarse todas las concupiscencias aunque haya de pagar los vidrios rotos el más débil, el carcomido Imperio de los Hijos del Cielo!

X. X. X.

13 de Enero de 1898.

La isla de Clipperton

Con motivo de un artículo que publicó *El Tiempo* acerca de la noticia que atribuía ciertas pretensiones á Inglaterra sobre la Isla de Clipperton, oc. pada, según se dijo, por unos ingleses, la Secretaría de Guerra y Marina ordenó al Comandante del cañonero «Demócrata» que hiciera un reconocimiento de la Isla.

Salió con ese fin el Cañonero «Demócrata», y llegó á la Isla de Clipperton, el 14 de Diciembre último.

Allí encontró izada la bandera Norte Americana. Por el mal tiempo se hizo con mucha dificultad y peligro el desembarco de tropas, pero realizado que fué, los tres individuos que vivían en la Isla no opusieron dificultad alguna para arriar la bandera que tenían izar la de nuestra República.

Como está marcado en los planos antiguos, Clipperton tiene una laguna en el centro pero ya no se comunica esta laguna con el mar. Carece de vegetación, se eleva apenas unos diez pies sobre el nivel de la marea media y se inunda cada vez que hay un temporal.

El peñón que tiene al Sur es árido como toda la isla, tiene la forma de un buque á la vela, sobre todo de lejes, con un perímetro de 300 á 400 metros en su base, erizado de picos, todo de piedra y de unos doce metros de altura.

La extensión de toda la isla es de 3½ millas de largo por 2½ de ancho, y como tiene en su centro una gran laguna, cuyo fondo varía de 2 á 20 piés, hay partes del anillo que forma, que solo tienen 100 metros ó menos de ancho del terreno. La laguna es de agua dulce aunque no potable, el fondo de ella es de piedra volcánica y no existe la isleta en el centro que tienen los planos antiguos. Casi siempre llueve allí, y con algunos depósitos que se tengan puede conservarse agua llovediza todo el año. Su situación geográfica es la misma señalada en las cartas; tiene el peñón 109°10' de longitud Oeste del meridiano de Greenwich y 10 17' de latitud Norte.

Alrededor, su fondo es muy acantilado, por lo que es peligroso abordarla, siendo necesario buen tiempo y mar en calma.

Allí se fondean los buques de poco calado que van á cargar guano quedando muy cerca de tierra cuando hay buen tiempo; y para las operaciones de cargar y descargar emplean el andaribiel como en nuestros puertos de Salina Cruz, Tonala, etc., y embarcaciones especiales que son planas y con cubierta, llevando la carga en bodegas cerradas y calafateadas las escotillas.

Hay pesca en abundancia y tal cantidad de tiburones, que según dicen los individuos que estaban allí, una lancha zozobró con 17 trabajadores hace algún tiempo, y todos perecieron devorados.

Es extraordinaria la cantidad de aves marinas que hay, que son las productoras de guano; los habitantes que han estado en la isla, además de las provisiones que llevan, se alimentan de la pesca y de los huevos de las aves.

El clima en la isla es saludable, aunque caliente por la baja latitud en que está situada.

Cumpliendo con las órdenes de nuestro Gobierno el Comandante del *Demócrata*, hizo formar un inventario de los objetos existentes en la Isla y notificó la desocupación. De los tres habitantes dos pidieron venir al Continente y se les concedió, y otro quedó al cuidado de los intereses que allí lo llevaron y que están valuados en más de 300.000 pesos—La «Oceanic Phosphate Co» de San Francisco California, es la que ha estado haciendo la explotación del guano que produce en grandes cantidades la Isla de Clipperton.

NUESTROS GRABADOS

Antes del baile

Y ella dice:

Que necio es el hombre! Poseer una mujer así, una mujer que, vamos y perdón por la vanidad, es tan bella, á lo menos eso dicen muchos, y luego, en estas heladas noches dejar el calor de la alcoba por el estruendo trivial de un baile!.....

Y beber, beber sin descanso esa copa de la danza, que emborracha, mientras la esposa se muere de tedio esperando al trasnochador!

Tonto!.....aunque dicen que la misma hermosura, la gracia misma, la misma ternura, cansan al fin, que Dios se hace hombre y busca el dolor hastiado de la inmutable gloria de los cielos, y el hombre, halla desabrido el caliz en que bebió ayer con delicia.

Pensativa: Será esto cierto? Qué mis ojos que eran antes para los suyos noche estrellada, ¿habrán perdido su misterio? Acaso mi boca es menos roja y que

la granada? Qué mis brazos han perdido su morbidez y su color?

Animándose: Mentira! la luna de mi espejo me adula aun! Mentira, soy joven, soy bella, y si nó triunfo ya de ese corazón gastado, es porque la propia luna si bogase perennemente por las noches, cansaría, es porque fatiga hasta el perenne juego de luz de las auroras.....es porque un día el hombre que compara, halla más bella la fealdad que no parece que la hermosura que aprieta entre sus brazos.....

Sombria: Pero me queda la venganza.....Cuantos hombres darían su vida por beber la miel sobre las hojuelas rosadas de mis labios.....Si, me vengaré.....

Se oye en la alcoba inmediata el vagido de un niño.....

Radiante: Ah no! soy madre.....que se vaya.....él se embriagará con la trivialidad de un baile.....A mí me queda lo infinito de la ternura maternal.

El juguete de Bebé

Cuando por la mañana vió Bebé al alegre vendedor de diablillos rojos, qué contento, qué regocijo, qué ansiedad de tener uno para darle cuerda y verlo saltar el aro y mover las orejas y abrir y cerrar la boca.

Y se lo compraron al fin y él entre anhelante y temeroso lo tomó, y espantaba á sus hermanas mayores abriendo mucho sus ojos azules, enseñándoles el diablillo y fingiendo pavorosa voz.

Pero llegó la noche y sacudió sus adormideras sobre la camita blanca, y Bebé después de oír embelesado el cuento de La Cenicienta con su chapincito de cristal, suspiró, dobló la gentil cabeza de rizos rubios, y se durmió en eso muy suave, muy perfumado, muy delicioso, y que no se olvida ni se sustituye nunca, se durmió sobre el seno maternal.

¡Dulce y grato dormir de la inocencia! Las pestañas grandes y finas, proyectan poética sombra en las mejillas, sonríe la boquita que huele á pétalos frescos, murmura suavemente la respiración como rumor de alas de libélula, y haces de la luz del amor, juegan entre los linos del blando lecho.....

Como no había querido soltar para nada su diablito rojo y como lo llevó consigo al irse á acostar, quedó ¡picaro diablo! enhiesto y orejigrande parado entre otros juguetes sobre la mesa de noche.

La imaginación infantil es muy voluble, sobre todo si se divierte haciendo un viajecillo entre sueños, con el angel de la guarda, por esos países donde las personas vuelan y hay campos de diversos colores alumbrados por luz que no es como la de aquí.

Bebé se durmió, soñó, viajó, descansó de las travessuras del día; y muy temprano, como de costumbre antes que saliera el sol, pidió sin abrir los ojos ese vaso de leche endulzadita y con bizcochos que es la delicia de los golosos chiquitines. Y como el vaso de leche no venía pronto, se incorporó en su camita y á la luz vacilante de la lamparilla vió..... ¡Horror, terror y espanto, angustia y aflicción! vió al diablillo rojo, pero no rojo ni pequeño sino negro y enorme en la sombra de la pared, moviendo sus gigantes orejas su tremenda boca y bailando una danza infernal.

Mamá! mamá! gritó Bebé con voz de loca desesperación; y antes de que gritara por tercera vez, unos labios muy llenos de amor le habían cerrado la boca, una mujer linda como los ángeles le había tomado en sus brazos; y desaparecido el diablo negro y grande empezó Bebé á beber con delicia esa leche endulzadita y con bizcochos que les gusta tanto á los golosos chiquitines.

A nuestros abonados.

Cumpliendo nuestro ofrecimiento de la semana pasada, repartimos con el número de hoy el final de la novela

“POR HONOR DEL NOMBRE”

Si algunos tienen trunca esta obra, pueden dirigirse á la Administración, por que quedan ejemplares de los repartos hechos, con que puedan completar sus colecciones.

Estamos ya preparando de una manera especial, la impresión de los tomos de doscientas cincuenta páginas que repartiremos mensualmente desde el mes de Febrero, y de los cuales seguramente quedarán bien contentos nuestros suscriptores.

OTRO PAGO DE \$1,000.00

DE «LA MUTUA»

El día 26 de Noviembre de 1897 en Tlalixcoyan.

Recibimos de «The Mutual Life Insurance Company of New York» la suma de \$1,000.00—un mil pesos, en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza número setecientos cuarenta y siete mil quinientos treinta y ocho, bajo la cual estuvo asegurado el finado señor Don Félix Gregorio Lagunes, y para la debida constancia, en nuestro carácter de beneficiarios, los que suscriben por sí y Nestor Lagunes, como tutor de los menores María Lázara, Doroteo, Isabel y Rosario Lagunes, beneficiarios también nombrados en la póliza, extendemos el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la compañía para su cancelación en Tlalixcoyan á veintiseis de Noviembre de mil ochocientos noventa y siete.

Por Ramona Morales viuda de Lagunes
Firmado.—MARTIN DELFINO GARCIA.

Por María Ramona Inés Lagunes
Firmado.—RAFAEL ROSETE

Como tutor de los menores mencionados
Firmado.—NESTOR LAGUNES.

REVISTA EXTRANJERA.

Nuestros lectores habrán notado que desde hace dos meses ó más, no hemos podido publicar en las páginas de «El Mundo Ilustrado» las que generalmente tenemos designadas para los acontecimientos extranjeros, como corresponde á la índole de nuestro periódico; esto depende de que no obstante que recibimos en nuestra redacción los principales periódicos de Europa y los Estados Unidos, no hemos encontrado hasta hoy ningún asunto que por sus ilustraciones á la vez que por lo notable del acontecimiento, ameriten la publicación en estas páginas.

Pero como es posible que pasemos muchísimo tiempo en las mismas circunstancias, nos hemos decidido á establecer una sección que publicaremos cada tres ó cuatro números, en la cual hemos de reunir varios pequeños asuntos extranjeros, que en conjunto den lectura útil é ilustraciones agradables á nuestros lectores.

Las páginas de hoy, son muestra de la sección á que nos referimos.

Las tumbas de Voltaire y Rousseau.

Unas ochenta personas concurrieron á fines del pasado Diciembre á la apertura de las tumbas de Voltaire y Rousseau en el Panteón de París.

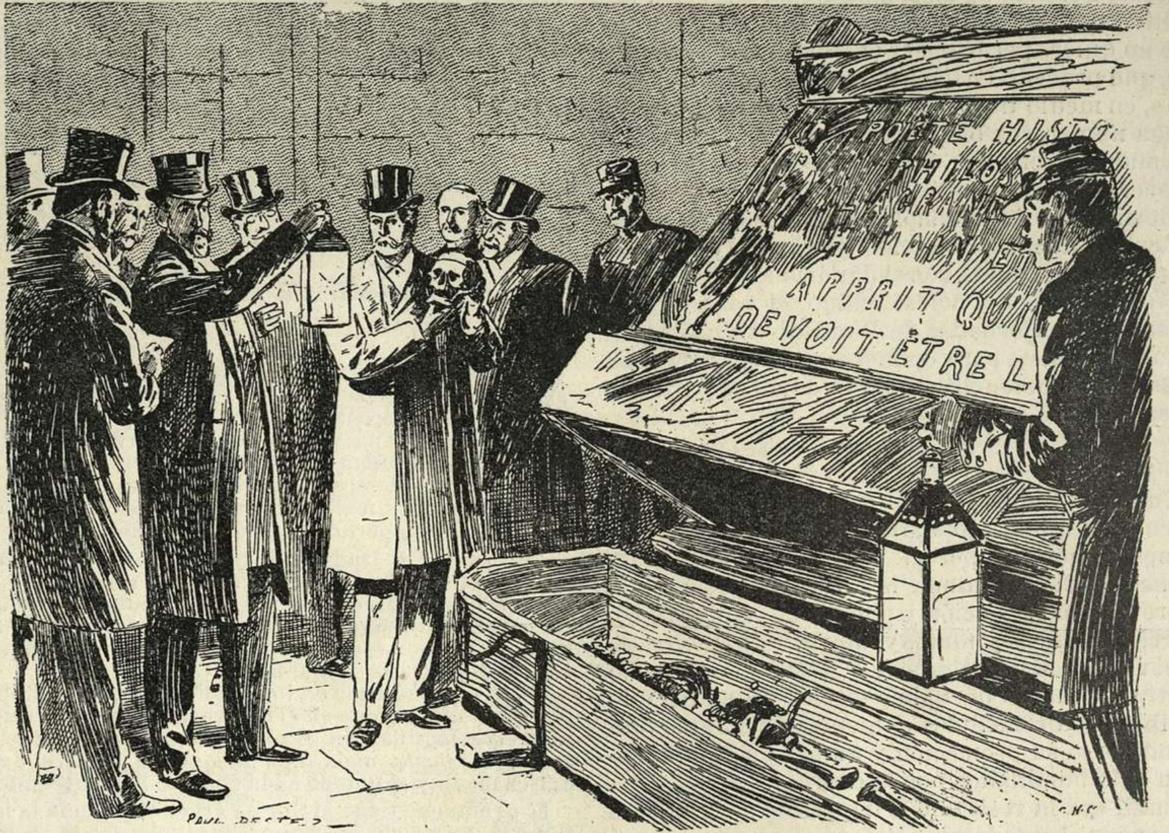
En una caja de madera de encina de dos metros de largo por sesenta centímetros de ancho, forrada con láminas de hierro, oxidadas, estaban los restos del terril filósofo Voltaire.

Se levantó la tapa que sujetaban grandes clavos, muy visibles ante la silenciosa concurrencia que se agrupó inclinándose ansiosa para ver, pues se había susurrado en público que la caja estaba vacía, y se descubrió un segundo ataúd, que se abrió también, en medio de la mayor ansiedad.

Allí estaba Voltaire. Desde luego se extrajo del ataúd la cabeza y se la colocó sobre el marmol de la tumba. Era él en efecto; y aunque la imaginación desempeñaba un gran papel en este reconocimiento, cada cual evocó al contemplar aquel cráneo pequeño y delicado, los recuerdos de la estatua en marmol debida á Houdon, y cada cual creía ver la espantosa sonrisa de que habla Musset.

En el fondo de la caja quedaban los huesos descarnados, formando un montón entre algo como yesca y entre hojas marchitas, restos probables de las flores arrojadas sobre el cadáver durante la ceremonia fúnebre de 1791. ¡Ah! ¡dícen un testigo presencial! ¡qué poco lugar ocupaba este grande hombre! la caja parecía como si estuviera vacía.

Desde la losa de marmol, el cráneo del tremendo moleador contemplaba con sus órbitas vacías el espectáculo, y la fina sección de sus mandíbulas se podía creer que estaba contraída por una risa sardónica.



Apertura de las tumbas de Voltaire y Rousseau

de las creencias—dice Mr. G. Lenotre—¿quién se atrevía á inmiscuirse así en los secretos de la muerte, ni á inclinarse con aspecto burlón sobre un ataúd abierto?

La noche iba entrando poco á poco en las bóvedas. En la otra extremidad de la cripta retumbaron los barretazos con que se abría la tumba de Juan Jacobo Rousseau. Levantado el cenotafio dejó ver una caja de plomo gris agujereada en algunos lugares, y bajo esta primera cubierta otra caja de madera, que cedió fácilmente, y por último un ataúd de plomo que no presentaba huella alguna de ruptura. Se le abrió.

El esqueleto de Juan Jacobo apareció en la tranquila actitud en que se colocó hace ciento diez y nueve años, los brazos cruzados sobre el pecho, los pies juntos, la cabeza un poco torcida á la izquierda. Aun quedaban algunos restos de vestido, cruzados entre los huesos como telas de araña tenues y sutiles. Formaba contraste la actitud serena y reposada del *hombre de la naturaleza* y el desorden de los despojos de Voltaire que parecían haberse agitado en la tumba.

Los obreros sostenían unas linternas para que la

profanadas las tumbas de Juan Jacobo y de Voltaire. No es cierto pues que Luis XVIII haya ejercido cruel represalia de la violación de las tumbas de *Saint Denis*. El perdón y el olvido prometidos por él, fueron un hecho que el tiempo se ha encargado de comprobar.

Nuevo puente en Alemania

Los puentes de un arco metálicos tienen cada día mayor aceptación porque á su belleza y elegancia reúnen positivas ventajas prestándose á anchuras muy considerables. Ejemplo de esto son el famoso viaducto de Garabit cuyo arco tiene una luz de 165 metros, 40. el de Paderno con 149,90. el de Washington en Nueva York y el de Luis I^o en Oporto que tiene 172,50 de luz. Se ha puesto últimamente mano á una obra análoga en extremo interesante que reemplaza al antiguo puente tendido sobre las Cataratas del Niágara.

Este nuevo arco de doble tablero tiene 167,60 metros como comprensión de la nave central.

Pues bien: acaba de inaugurarse en Europa un puente de arco que es también muy notable y que merece ser descrito: el que se tendió en Müngsten sobre la barranca de Wupper para ligar directamente las dos ciudades de Solingen y Remscheid que son vecinas, y facilitar la comunicación entre el Gran Ducado de Berg y el Rin inferior. Como la barranca de Wupper es muy profunda, cortada á pico y corta precisamente el camino que debía seguirse, se necesitaron trabajos excepcionales para llegar al resultado.

La longitud total de la obra es de 487,67 metros y la luz del arco central alcanza 159,72 metros. Y como se verá en nuestro grabado correspondiente, es una construcción tan ligera como elegante.

El emplazamiento de los grandes pilares en que se apoya el arco es de 27,75 metros y su altura de 65,52 desde el nivel del agua. Sobre esto está todavía la galería del puente y apoyos que la sostienen, con una altura de 5,79 metros más.

La obra se ejecutó con gran habilidad y solamente hubo de lamentarse la muerte de tres jornaleros.

Los trabajos se empezaron al mismo tiempo en los dos lados hasta llegar sobre los sostenes del arco central pero para cerrar este fué necesario tender cables metálicos de 89 milímetros de diámetro cuya tensión se aseguraba por medio de aparatos hidráulicos.

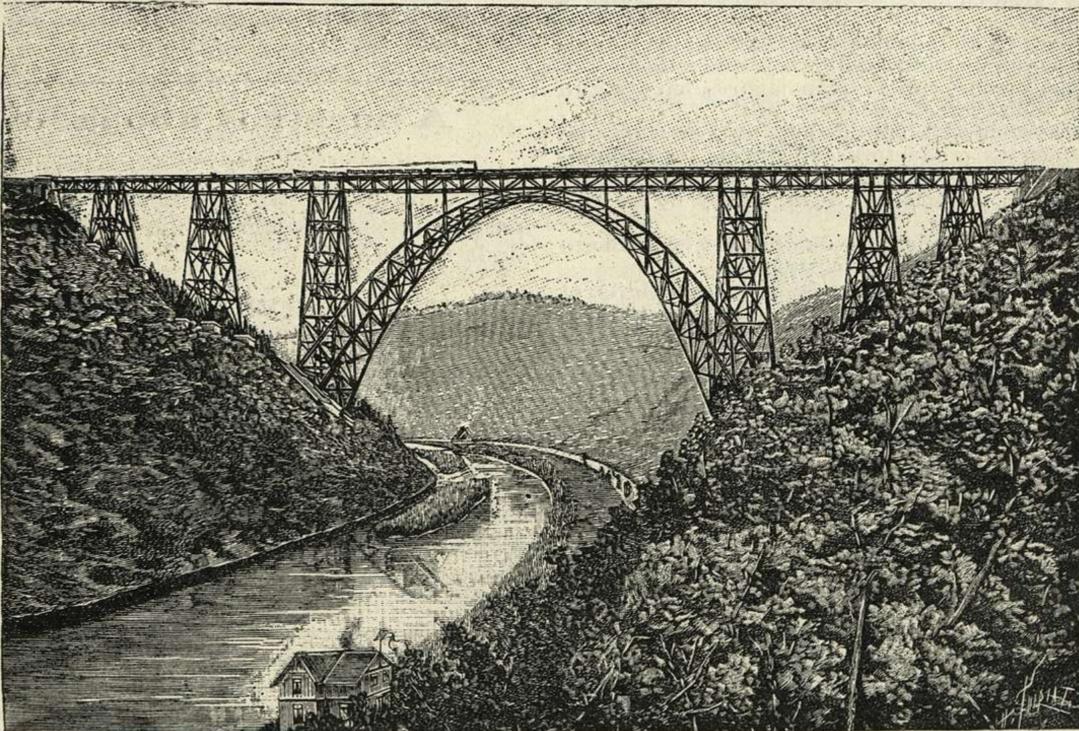
Grúas rotativas hacían ascender las piezas de peso de 8 á 12 toneladas y las sostenían en el aire hasta su montaje definitivo, también en el aire colgados por medio de cuerdas estaban los obreros que hacían el montaje. Esto era lento difícil y peligroso y sin embargo para el 1^o de Julio último estaba lista la obra que se ha entregado ya á la circulación.

Telefonía militar

Entre los recursos que la ciencia moderna pone á disposición de los ejércitos en campaña, la telegrafía y la telefonía son de aquellos que apesar de su apariencia modesta constituyen factores de positiva importancia para la guerra.

Gracias á su concurso los jefes de ejército pueden centralizar instantáneamente las indicaciones de diversos puntos y disponer hábilmente de sus unidades de combate, adquiriendo las operaciones precisión y rapidez.

Una vez en campaña, fuera de las vías ferreas, las tropas se encuentran diseminadas generalmente en



Nuevo puente en Alemania

Es posible que haya recordado que los parisienses de su época eran más respetuosos con él, y que no se le acercaban sino con el cuerpo inclinado y la cabeza descubierta, tratándole como á un semidios.

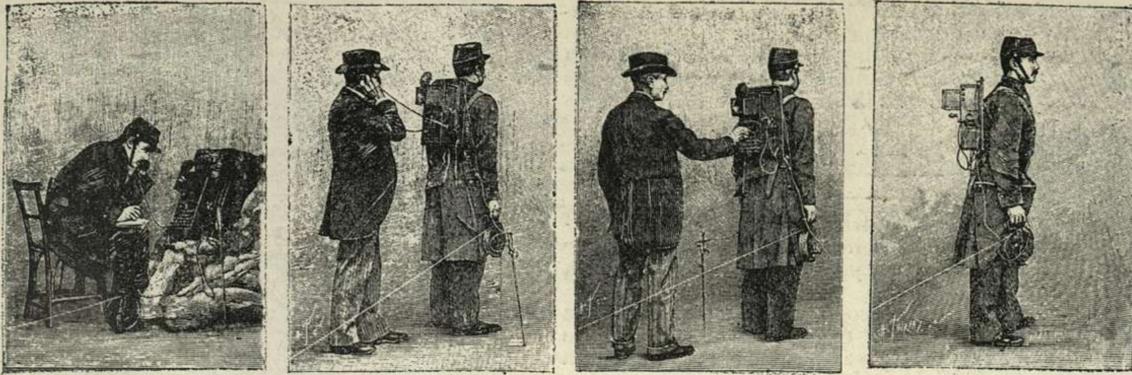
Pero después de todo, no puede quejarse de esta generación preparada por él, que va con el sombrero caído, que bromea y habla fuerte bajo los muros de la iglesia devastada, que ya no tiene respeto supersticioso por los muertos, y que no ve en las osamentas humanas mas que *détritus* repugnantes, curiosidades científicas ó elementos históricos.

Antes de que Voltaire sacudiera el arbol envejecido

concurrancia pudiera ver. Era de noche; un frio húmedo caía de las bóvedas, poco á poco fueron cesando las conversaciones; el problema estaba resuelto; la desaparición de las cenizas de los dos grandes hombres era una leyenda sin fundamento; por grupos pequeños fueron saliendo los testigos de esta escena macabra y pasaron silenciosos bajo las altas columnas del templo que parecían enormes espectros inmóviles.

Así, por la diligente iniciativa de los Sres. Grand-Carteret y Ernesto Hanul quedó desvanecido el error sostenido por numerosas personas y referente á que durante el gobierno de la Restauración, habían sido

TELEFONIA MILITAR



Estación fija

Comunicándose

Llamando con la campana

Estación telefónica ambulante y bocina de hilo.

grandes extensiones de terreno y desprovistos de fácil comunicación entre sí.

Entonces interviene el papel de la telefonía y la telegrafía.

El capitán francés Charollois ha dado á este difícil asunto una solución fácil dando al empleo del teléfono en campaña las cualidades que le faltaban, es decir: sencillez, lijereza, solidez, fácil y rápida instalación y comodidad para las comunicaciones, por medio de un hilo único, siendo la tierra la que sustituye el hilo del circuito.

Este punto es capital pero aumenta su importancia al verse la inutilidad de aislar el alambre. En efecto, después de numerosas experiencias ha probado que un hilo metálico tendido sobre el suelo sin precaución alguna de aislamiento conduce á distancias hasta de veinte kilómetros corrientes de inducción entre dos teléfonos eléctricos ó simplemente magnéticos, colocados en las extremidades del hilo. El mejor alambre es el bimetálico de cobre con alma de acero, inoxidable y de poco costo.

El mismo capitán Chorollois ha estudiado un transmisor y un receptor microfónicos de una sensibilidad tan fina, que las conversaciones pueden cambiarse sin inclinarse sobre el aparato como en los teléfonos ordinarios.

Para obtener más exactitud en la correspondencia y sobre todo para que sean más perceptibles los campanilleos de llamada se emplean pilas secas pequeñas añadidas al transmisor y encerradas con él, en una caja protectora de tela. La estación telefónica así constituida se lleva á espaldas de un hombre y la comunicación se obtiene desarrollando un hilo de una bocina rotatriz especial, efectuándose el retorno por tierra gracias al empleo de estacas ó aun de bayonetas clavadas en el suelo.

Los grabados señalan las diferentes fases del establecimiento de una línea.

En vez del teléfono eléctrico se puede usar el magnético que es más sencillo. El Capitán Charollois ha construido receptores y transmisores microfónicos de una sensibilidad y una simplicidad notables. El telefonista lleva el receptor pendiente del Képi cerca del oído y la bocina en la boca.

Para establecer una línea de las llamadas de Regimiento y que sirven para comunicar á los cuerpos con el Cuartel General, un telefonista toma posición fijando á la oreja el aparato y ligándolo por uno de los conductores á la línea y por otro á una bayoneta hundida en el suelo mojado. Lo primero es desenrollar el hilo. Para esto, el portador de la bovina (fig 4) marcha en la dirección dada sin preocuparse del alambre que deja tras él pero cuidando de dirigirse por donde vea mayor número de ramas ó puntos de apoyo para que el hilo pueda ser amarrado ó suspendido.

Su compañero provisto de la tenaza correspondiente le sigue y va fijando el hilo á los soportes naturales que va encontrando al paso, como árboles, casas,

cercas, etc. y en defecto de esto, tirará el alambre en los surcos, fosos ó lugares más propios para que pueda cuidarse y evitar rupturas.

Quando se hayan desenrollado dos mil metros, el portador del teléfono se instala en el campo y entra en comunicación con la cabeza de la línea á fin de averiguar si no ha habido ruptura, estando uno de los telefonistas pronto para recorrer la línea tendida y remediar el mal en caso de interrupción. Para otros dos mil metros de alambre se emplean otros dos hombres de la misma manera explicada anteriormente y así para lo demás.

Una línea de 6,000 metros en consecuencia, comprenderá cuatro estaciones de á dos hombres, ó sean dos estaciones extremas y dos intermedias que están todas relacionadas entre sí. De este modo la sobrevigilancia puede ser rigurosa y las rupturas reparadas sin retardo.



Los peregrinos al llegar á la orilla del Jordán, rehusan pagar paje á los árabes que han tendido un puente y vadean el río.

Los peregrinos recogiendo agua del Jordán para llevarla á su patria.

En algunos casos como reconocimientos, patrullas, exploraciones, es útil para la cabeza de la columna poderse comunicar con las fracciones en marcha. Entonces el telefonista móvil tiene su bayoneta en la mano izquierda y comunicada con el teléfono que lleva junto al oído. La corriente es entonces permanente aún durante la marcha, siendo conductor de tierra el cuerpo del mismo telefonista.

En caso de que se necesite un establecimiento de línea muy rápido, puede hacerse por medio de soldados ciclistas.

nos, armados de sus respectivas cámaras que contemplan con fruición aquellas escenas paradisiacas.

Nótase un contraste saliente entre las sencillas, francas y honestas actitudes de los rusos, y las expresivas y altaneras caras de los árabes beduinos que los rodean.

También es de notarse la diferencia que hay entre estas peregrinaciones de los cristianos rusos y las que emprenden los mahometanos de todas partes, ya para visitar la sagrada ciudad del profeta ó para bañarse en las aguas del Ganges. Aquellas; por excepción son insalubres, y rara vez á su regreso son portadoras de enfermedades y plagas. Estas por lo contrario, son vehículo seguro del cólera morbo, y su paso á través de las comarcas asiáticas, queda marcado con un montón de cadáveres, y vansebrando por donde pasan la muerte y la miseria.

Con grato placer sorpréndese el paseante al oír por la primera vez las dulces y bien timbradas voces de los peregrinos que entonan devotamente plegarias rituales en la que cada uno toma su parte propia, produciendo una hermosa y sentida melodía que se grabará de manera indeleble en la memoria de quien la ha escuchado.

**

Los grabados que hoy publicamos representan á los peregrinos cruzando el Arookcherit memorable, por el lugar en que el Hijah fue devorado por los cuervos y ahora, empapado por fuertes lluvias, se ha convertido en un sitio agreste.

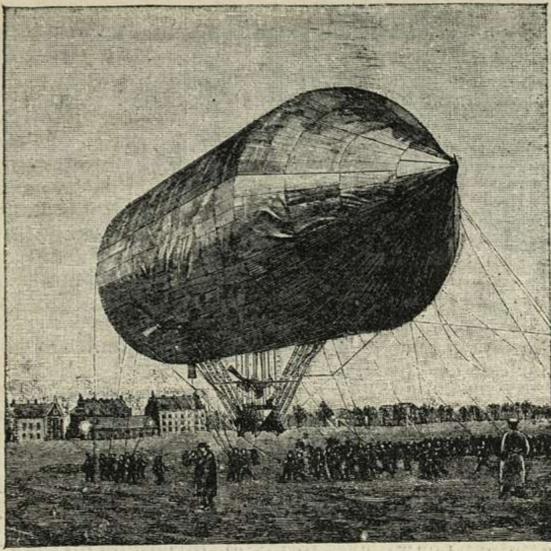
Un árabe ha construido allí un pango para hacerse de recur-os y á ese efecto cobra un toll por personal á todos los que lo usan. Aunque en nuestro dibujo el árabe está vuelto de espaldas, fácilmente puede comprenderse la rabia con que contempla á los peregrinos vadeando el río en lugar de pagar su toll.

En otro de nuestros grabados, puede verse á los peregrinos amontonados en la orilla del río, después de la bendición de las aguas, recogiendo las legítimas del bautismo, mojado telas de lino nuevas con las que fabricarán después sus sudarios y bañándose en el Jordán envueltos en sus blancas vestiduras.

Allí se lavan las pasadas culpas, allí se prepara el alma para vida mejor, y allí en fin avivada la fe religiosa, hayan los peregrinos rusos puras y gratas impresiones de alegría.



Peregrinos atravesando el Jordán.



El globo de aluminio

El globo de aluminio de Berlín

El honor poco envidiable de haber construido el primer globo metálico, pertenece á M. Mares Monges, autor de muchos proyectos excéntricos de dirección aérea. En 1842, este original hizo fabricar en la vecindad del Maine, con hojas delgadas de cobre una gruesa bota hueca de 10 metros de diámetro. Ensayó llenarla de hidrógeno, pero cuando vió que no quería subir se disgustó. Retiró la memoria que había enviado á la Academia de ciencias y obsequió su pieza á un taller.

Puede decirse que desde hace muchos años el globo de aluminio estaba en el aire, pero el globo mismo no dejó la tierra sino últimamente en Berlín, ante un numeroso público de elección.

El hecho que representamos según fotografías auténticas, testifica un progreso obtenido en la metalurgia y aún bajo el punto de vista de la aereostación, presenta un gran interés. El globo, con ayuda del cual los aereonautas militares de Berlín han ejecutado ese tour de force y de destreza, ha sido construido en su parque bajo la dirección de M. Schwartz, el inventor del proyecto. Sería demasiado largo enumerar todas las precauciones que debieron tomarse para que se lograra una operación tan complicada.

El inflamiento ha sido ejecutado con hidrógeno preparado á costa del Emperador Guillermo II á quien no se puede rehusar ese mérito raro en un jefe de Estado, de comprender la importancia de la navegación aérea.

Para llenar el precioso globo de metal hubo que retirar el aire del cual estaba naturalmente lleno. A fin de resolver este problema, se vieron obligados á introducir en el interior un globo de tela á donde llegaba el gas y que redondeándose, arrojaba el aire. Una vez que el globo de tela vació bien la forma del globo de metal se retiró suavemente, de modo que el gas pasara por detrás en el vacío que la tela dejaba al retirarse. Este efecto se produjo mediante algunos agujeros hechos de antemano en la tela.

El aereostato tenía dimensiones enormes: más de 40 metros de longitud. La sección recta perpendicular á su gran eje era enteramente elíptica. Parece que se dió 14 metros á su eje vertical.

Era de tal suerte pesado, quizá á causa del modo complicado del inflamiento, que no pudo elevar sino á un solo operador encargado de hacerlo todo y extraño á la profesión de aereonauta.

La maniobra de cuatro hélices, dos para el movimiento vertical y dos para el movimiento horizontal, es mucho para un hombre solo. La insuficiencia del personal debe considerarse como una de las causas del naufragio que interrumpió la experiencia. A pesar del gran valor de que aquel obrero dió pruebas, no pudo evitar el percance. Por fortuna este hombre intrépido escapó.

Damos un grabado que representa al globo en los momentos de elevarse.

Un faro en el Japón.

Los japoneses han importado al poderoso imperio del Sol Naciente una gran parte de los progresos con que se envanece el mundo civilizado, y principalmente los que se refieren al ramo de Marina, procurando también imitar los procedimientos de construcción. Sin embargo, utilizan á veces medios que nos sorprenden de un modo notable y puede citarse un ejemplo en el establecimiento de un faro que se levanta en Kagoschina y que debe alcanzar una altura de 30 metros.

Ese faro debe ser formado por una torre de palastro, que llevará en su cima un aparato luminoso de primer orden. En el grabado que hoy aparece en nuestras columnas se notará, sobre todo, el andamiaje construido con cuerdas de paja trenzada. Todas estas cuerdas están entrelazadas y se cruzan en todos sentidos para formar un conjunto de gran solidez. A la izquierda, desde el suelo, se ve partir un plano inclinado que sale poco á poco en forma helicoidal, siguiendo la parte exterior del andamiaje.

Este plano inclinado sirve para transportar los materiales, y se mantiene sólidamente por ligaduras de cuerdas que lo sostienen.

Presenta pues la construcción un aspecto muy curioso y da motivo para admirar este arte lleno de ingenio, que permite la instalación de armazones y andamios por medio de simples cuerdas.

Para terminar, recordaremos a propósito del plano inclinado, puesto para el transporte de materiales, que una disposición análoga se empleó en otra ocasión para construir la gran torre de Coucy que tenía una elevación de 60 metros y un diámetro de 32.

De todas maneras, los adelantos que con asombrosa rapidez ha venido alcanzando al Japón en los últimos años, llaman fuertemente la atención de Europa.

El Folioscopio

Aunque ya es común entre los niños el precioso juguete científico llamado folioscopio, no está fuera de conveniencia dar su descripción para que se conozca el por qué de la cosa.

Se recordará que el zotrope es una caja redonda con tapa y cuya cubierta circular está provista de ventanillas largas y angostas, que pasan una a una frente á los ojos del espectador que ve sin moverse. El cilindro puesto en movimiento hace pasar rollos conteniendo una serie de fotografías instantáneas de animales á la carrera ó de criaturas humanas en movimiento. El zotrope es bello, pero le supera por su sencillez el folioscopio, album doble, como lo presenta el grabado y en cuyas páginas están diversas posiciones, por ejemplo de una bailarina ó de un gimnasta en el trapecio.

La manera de funcionar es muy simple, pues basta sostener el album con una mano y hacer pasar rápidamente con el dedo pulgar de la otra, las páginas al modo usual de revisar con lijereza los libros comunes, cuidando de que no haya interrupción en el curso de las hojas. Así se verá que las figuras parecen estar animadas de un movimiento propio lo que les da verdadero atractivo.

La causa de este fenómeno consiste en que impresionada violentamente la retina por el rayo desprendido de cada posición de la figura, no queda tiempo durante el transcurso de figura á figura para que se complete el trabajo de fijación del nervio óptico y esta vibración corresponde al movimiento del folioscopio.

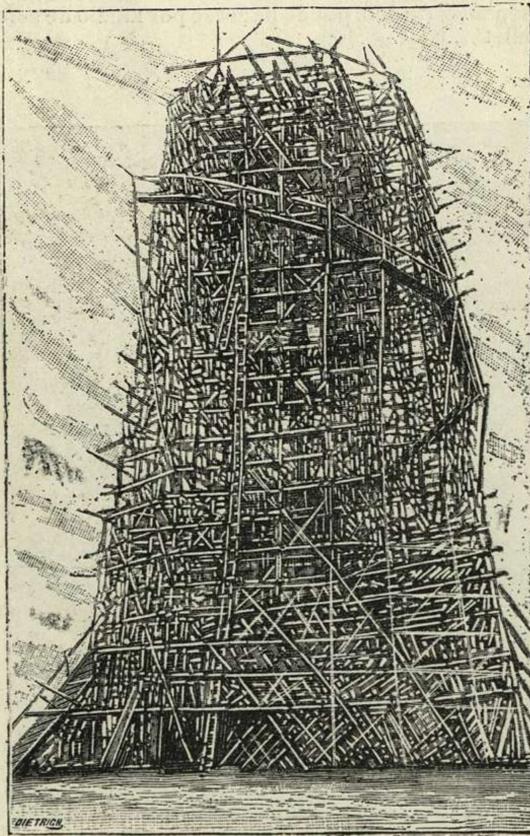
Curación de los sordos y sordo-mudos

M. Dusand, como es ya bien sabido, inventó un aparato, el *microfonógrafo* destinado á despertar y educar el sentido del oído en las personas atacadas de sordera ó sordo mutismo. Luego con la colaboración de Mr. Jaubert, Doctor en ciencias, ha trabajado en perfeccionar su invención; y relacionándose con Mr. Berthon ingeniero famoso por sus trabajos de telefonía, llegaron á fabricar el último modelo de *microfonógrafo* que es el que está en uso y que por su intensidad expansible á voluntad y por su exactitud, ha dejado atrás á todos los sistemas de fonógrafos.

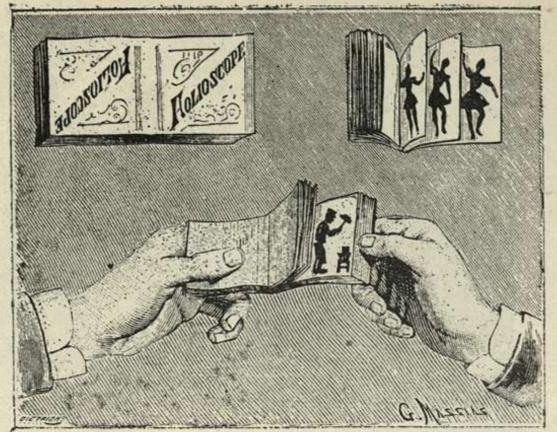
El Dr. Laboré presentó últimamente á sus colegas de la Academia de medicina de París el *microfonógrafo* así perfeccionado, y ante la misma Academia hizo experiencias sensacionales sobre sujetos sordo-mudos. El Dr. Laboré continuó sus experiencias en el laboratorio de fisiología de que es Director y acaba de publicar el resultado en una nota que hará época en los anales de la ciencia.

Dice el eminente académico: Poseemos un *microfonógrafo* perfeccionado que produce resultados del más alto interés, que pueden ser comprobados fácilmente y que tiene, sobre los del fonógrafo empleado solo, las ventajas siguientes:

- 1º Está considerablemente reforzado.
- 2º Tiene mayor exactitud y claridad de voces.
- 3º Puede ser arreglada su intensidad como sea necesario, de suerte que el instrumento constituye á la vez un audifono de los más sensibles.
- 4º Puede ser oído de numerosas personas al mismo tiempo y comunicar su sonido á grandes distancias.



Un faro en el Japón



El Folioscopio.

Estamos pues en posesión de un aparato automático de hablar, fácilmente manejable para los ejercicios auditivos necesarios á la recuperación ó aprendizaje de la palabra en los sordomudos cuya curación va á poder emprenderse y realizarse sobre nuevas bases, pues basta ahora por falta de medios apropiados se había descuidado el órgano defectuoso del oído abandonándolo á su falta nativa ó accidental de funcionamiento.

Se consigue enseñar á oír y á hablar con este aparato en condiciones singularmente favorables, pues con un aparato solo y gracias á múltiples combinaciones telefónicas que tiene agregadas, puede un profesor proseguir simultáneamente la educación de gran número de sujetos.

Ya por su intervención y su alta competencia en la especialidad que nos ocupa el Sr. Doctor Gellé ha obtenido resultados prácticos importantes.

No solamente por su funcionamiento apropiado el *microfonógrafo* regula el despertamiento del órgano de los sonidos, sino que cria por ejercicios repetidos la memoria auditiva, realizando este principio fisiológico: *la función hace al órgano*.

Cuando por consecuencia de ejercicios suficientes la imagen auditiva de una vocal que es el signo representativo más simple de la palabra, se ha fijado en el cerebro, basta en seguida pronunciarla en alta voz para que sea oída.

El Dr. Gellé de la Salpêtrière ha presentado á la Sociedad de Biología los resultados que ha obtenido y publicado en la *Tribuna Médica* de 27 de Octubre último.

En estos momentos está en diversos países á la orden del día el tratamiento de la sordera y sordo-mutismo por medio de la *micro-fonografía*, con los resultados más concluyentes.

Quien se interese en conocer más detalles sobre el particular, los hallará en los principales periódicos científicos Europeos, correspondientes á Diciembre último

Arlequín aritmético.

No porque pueda tener aplicación práctica sino por ser sumamente curioso, reproducimos hoy un dibujo del siglo pasado, en que se copian las diversas posiciones que tomaba Arlequín para figurar los números dígitos.

No intentarán de seguro más que las personas sueltas de coyunturas y acostumbradas á ejercicios de flexibilidad, imitar á Arlequín; pero de veras llama la atención la manera ingeniosa que tuvo para conseguir que un hombre quedara convertido en cifra, sobre todo si esta es tan complicada como la que representa cinco unidades.

No lo hemos visto, pero sería curioso que tomando el modelo alguna compañía de gimnastas y volatineros, hiciese combinaciones numéricas que podrían resultar muy divertidas é interesantes.

Un correo en zancos.

Entre Burdeos y Bayona se extiende una zona de comarca plana que se denomina las Landas. Una gran parte de la zona que era primero tierra baldía ha sido ahora parcialmente reclamada y plantada de pinos que se cultivan cuidadosamente con el fin de explotar la resina que de ellos se extrae. El resto de las tierras permanece cubierto de grandes malezales.

Las poblaciones y caseríos de las «Landas» son muy difíciles de atravesar por estos malezales muy crecidos y llenos de espinas y los habitantes para resguardarse de ellas usan grandes zancos. Montados en estos resistentes apéndices de madera pueden cruzar lo más difícil del terreno, sin gran trabajo.

Llevan además consigo un gran báculo que les permite descansar de vez en cuando, apoyándolo contra la tierra. Los hombres dedicados á traer y llevar el correo entre las diversas poblaciones de aquellas comarcas, han adoptado también este procedimiento para caminar. En el invierno, cuando las «Landas» están cubiertas de nieve, deteniendo y embarazando la marcha del zanco que es puntiagudo, los correos han ideado adaptar á la extremidad, para obviar inconvenientes, unas especies de zuecos ó pequeños patines de madera que les permiten deslizarse mejor.

El Correo lleva además un gran capote provisto de capucha, sus piernas van bien abrigadas, y así hace con diligencia el servicio entre aquellos pueblos de Parterres que de otra suerte hallarian grandes dificultades para sus comunicaciones postales.

Los dineros del diablo

Este era un viejo barón alemán llamado el barón Albrecht de Thalensburg, el cual, después de haber hecho barbaridad y media como todos los barones del feudalismo, vivía tranquilamente con su sobrina Wilhelmina, adorable muchacha, en una calle obscura y triste de Nuremberg, lejos de los hombres y dedicado á la inocente manía de la numismática coleccionando medallas y monedas antiguas. Todos los sábados, cabalgaba en su asno y se dirigía al mercado de la ciudad, donde no faltaba quien le vendiese lo que constituía su pasión única. Cierta vez se encontró ahí con un hombrecillo viejo y jorobado, el cual le dijo:

—Tengo algo maravilloso que venderos y si queréis seguirme al lugar más solitario, os lo mostraré.

—Vamos dijo el barón, y ya en un sitio apartado el hombrecillo exclamó.

—En primer lugar debo confesaros que yo soy el diablo.

El barón ni siquiera pestañeó.

—Es uno lo que puede, dijo, con filosofía, y no hay oficio que sea despreciable. Pero y lo que me ibas á vender?

—Poseo nada menos que los dineros de Júdas.

—Los dineros de Júdas! Tú tienes los dineros! Los treinta!

—No, veintiocho, señor, porque el individuo que recibió los treinta dineros en cambio de su campo, gastó dos en comprar un cofre para encerrar los otros veintiocho, y yo me alegro de que esos dos dineros hayan sido gastados porque, puestos en circulación, han perpetuado el espíritu de lucro en la humanidad.....

—Bueno, y me los darás?

—Os los cambiaré.

—Por mi alma sin duda.....

—No, almas como esa me sobran: por la de esa palomita sin mancha de tu sobrina Wilhelmina.

—Quiéres el alma de mi sobrina, Satanás? Pero yo no dispongo de ella.....

—Dámela por mujer, yo me encargo de lo demás.

—Pero hombre, eres demasiado viejo y demasiado feo.....

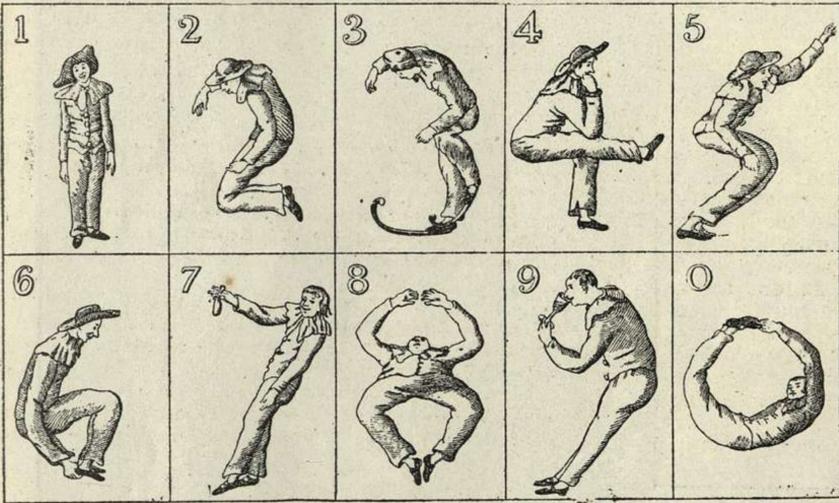
El diablo se echó á reír, desapareció súbitamente y fué reemplazado por un joven esbelto y pálido que llevaba bajo del brazo un rollo de canto llano y una viola á la espalda.

Esta vez sí que el barón fué presa de un asombro tal que instintivamente se persignó. El diablo se puso á rechinar los dientes; se hubiera dicho el rechinar de una sierra.

—No gastes esas bromitas, eh? me hielan los huesos.

El barón le examinaba curiosamente.

—Es extraño, murmuró, me parece que conozco á alguien que posee este rostro.



Arlequin aritmético

—No ves que he tomado la máscara y el traje del joven Arnaldo, el maestro de viola de la Srita. Wilhelmina?

Y la he tomado á tiempo porque como sabes están enamorados.

Esto era tan cierto que el joven Arnaldo habia pensado muchas veces en pedir al barón la mano de su amada y lo seguía á diario con este objeto, pero sin atreverse á hablarle.... Precisamente aquel día habia ido tras él y oído toda la conversación con el Diablo. El peligro dobló entonces su valor. Corrió á todas piernas hacia la posada donde el barón habia dejado á guardar su asno, lo cabalgó sin tardanza y partió á todo galope hacia la morada de su novia, donde llamó tan fuertemente que la Sra. Gertrudis se decidió á abrir.

El asno entró él primero y fuese á la cuadra. Arnaldo se introdujo al cuarto de Wilhelmina y contó lo que habia visto y oído.

—Ay! suspiró Wilhelmina. Cómo podria yo distinguir jamás al falso Arnaldo del verdadero? Quién sabe si aun ahora mismo no es el diablo el que está aqui?

La señora Gertrudis la sacó de su incertidumbre.

—Haced el signo de la cruz, niña. Ya veis que el señor Arnaldo no rechina los dientes.

Se convino en que Wilhelmina fingiría ignorar el complot formado por el barón y que acogería los galanteos del Diablo como si no supiese nada. Hasta el día del matrimonio, en que Arnaldo sabría como se desembarazaba de Satanás.

Así se hizo y un hermoso medio día, la puerta de la vieja casa se abrió de par en par para dejar salir el cortejo nupcial.

El Diablo se paseaba con impaciencia bajo el pórtico de San Sebalo. El barón luego que lo percibió echó á correr hacia él.

—Los dineros dijo, ó rehusó mi consentimiento.

El Diablo registró su bolsa.

—Aquí están, dijo.

El barón los guardó voluptuosamente y volviéndose hacia Wilhelmina.

—Sobrina, dijo, tomad el brazo de vuestro novio.

En este momento apareció Arnaldo seguido de un viejo Padre á quien habia referido todo el asunto. El Padre blandía un hisopo y asperjeó al Diablo de agua bendita.

Se oyó un ruido de fritura, surgió una llama verde y en el sitio en que estaba el Diablo no se vió más que una mancha de grasa.

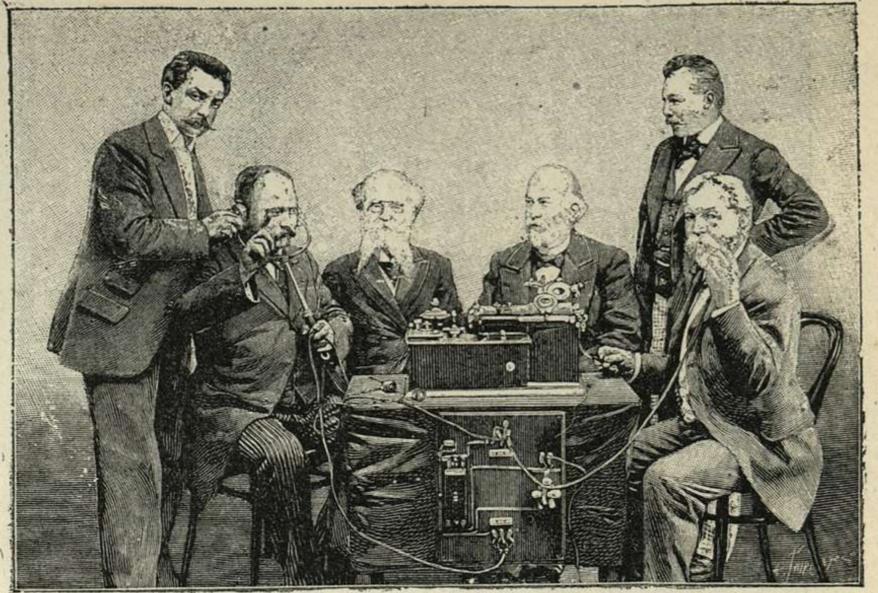
El barón continuaba acariciando beatamente sus dineros en la bolsa. De pronto lanzó gritos espantosos. Era su bolsa la que ardía. Rápidamente retiró los dineros y los echó á tierra. Después de lo cual pidió perdón á Dios y asistió piadosamente á la celebración del matrimonio de Wilhelmina con el verdadero Arnaldo.

Los dineros de Júdas fueron recogidos por el cura, que para santificarlos, los dió á un fundidor, al cual habia mandado hacer una campana.

El fundidor los arrojó al metal en fusión. Pero la campana á la cual fueron amalgamados tuvo siempre mal sonido y desapareció misteriosamente.

Algunos aseguraron que se ahogó en el lago mayor yendo para Roma un Viernes Santo; pero los historiadores aseguran que la tal ahogada se efectuó en el lago de Ginebra, debido á los partidarios de Calvino. Esto tendería á probar que contra lo que dice el proverbio, una sola campana puede dar dos sonidos.

GUSTAVO GUESVILLER.



Aparato para la curación de los sordos y sordo-mudos

Byron en la Bacanal

Es la alta noche. La ciudad fantástica
Con sus torres y alcázares labrados
Cual florentinas joyas, duerme envuelta
En la más densa oscuridad. Tan solo
Fulgura en las tinieblas de la noche
Como alegre sonrisa de una hermosa
A través de tupido y negro velo,
Una góndola azul, iluminada
Con antorchas y globos de colores.

En el esquite suenan voces, risas
Y canciones de amor. La pintoresca
Góndola es el magnífico teatro
De loca bacanal. Sueño parece,
Fruto de la exaltada fantasía
De un poeta oriental, la deslumbrante
Fiesta que ríe en las calladas ondas.

Bajo un dosel de púrpura y de oro,
Y en torno de una mesa coronada
De resplandores y fragantes rosas,
Seis régias hermosuras de luciente
Cabellera, estrellada de diamantes,
Y otros tantos mancebos bulliciosos,
Celebran un festín en el esquite.

Sobre la falda de crugiente seda
De una rubia beldad de ojos azules,
Que recuerda á la blanca Fornarina,
Gallardo joven tiene reclinada
La cabeza gentil.

—¡Que hable el poeta!
¡que cante el Lord una canción de amores!

Gritan las diosas de la fiesta báquica,
E irguiéndose de pronto aquel mancebo
De ojos radiantes y cabeza olímpica,
Y tomando una copa fabricada
Con un cráneo montado en oro y perlas
Así exclama con voz clara y vibrante:

—Como el rey Jorge IV, que vivía
Entregado á las fiestas bulliciosas,
Y olvidaba, entre impúdicas hermosas,
La oculta pena que su pecho hería,
Así mi corazón vivir ansia.

¡Dadme vino; ceñid mi sien de rosas,
Y a ariciadme tiernas y amorosas
Estrellas fulgurantes de la orgía!
¡Así quiero vivir! Y cuando muera
Fabricad mi ataúd con la madera
De vuestro dulce bandolín sonoro,
Y colocad sobre mi cuerpo helado
Un sudario magnífico formado
Con vuestros chales de bordado y oro.

Mientras los comensales aplaudían
Este erótico canto, el Lord sublime,
Apurando febril hasta las heces
El áureo vino en la siniestra copa,
Desplomose embriagado por el suelo,
Rodando su corona de poeta,
Su corona de estrellas inmortales,
A los piés de infamadas meretrices!

MANUEL REINA.



Un correo en zancos



El juguete de Bebé.

GRITOS CLASICOS

VESPERTINA II.

No me preguntes si la amé. . . ¡quién sabe!
 Cuando la ví en mi lecho, ya rendida,
 trémula de pasión, como una ave
 que aprisionó el deseo, dar la vida
 cual una ofrenda en el altar suave
 De su seno de virgen. fué una gloria.
 Se estremeció mi carne entre sus brazos,
 y me alejé, sin penas y sin lazos
 de aquel amor sin alma y sin historia.
 ¿Amór? . . . Tal vez; más el sensual que gasta

en besos la energía y la memoria;
 deshace el ideal, apura el brío:
 y lentamente sorbe alientos, hasta
 que se asoma en la cámara el hastío,
 abre á la luz la puerta, y dice: basta:
 fugaz y ardiente amor, muere de frío.
 . . . Pero tú no me entiendes! En tu casta
 sonrisa hay burla, y á la vez, asombro:
 ¡Ah! perdóname; apoya tu risueña
 cabecita de angel en mi hombro,
 y en tu delirio azul húndete y sueña.
 Prende tus alas invisibles; sube,
 y busca en las celestes fantasías,
 alguna blanca y vaporosa nube

que abrigue tus quimeras y las mías.
 Vuelca el cáliz de oro, consagrado
 y ofrecido por tu alma á mi ternura,
 donde vertí, sacrilego y osado,
 mi lágrima más acre y mas impura.
 ¿Ves? ¡Qué cielo tan limpio! En tus pupilas
 irradia su misterio y su pureza.
 ¡Qué dulces, qué apacibles, qué tranquilas
 á un tiempo están la tarde y tu belleza!
 Que tu sueño perfume mis dolores;
 que arrulle mi maldad tu voz suave:
 interroga á los astros y á las flores;
 no me preguntes si la amé. . . ¡quién sabe!
 LUIS G. URBINA.

UN MILAGRO DE AMOR

Era Domingo y día de *Corpus Cristi* y por eso las alegres campas estaban echando á volar desde amaneció, sus sonidos graves y agudos que mariposeaban primero sobre los techos rojos, luego en las copas de los árboles y por último en la cumbre de las altas montañas.

Niñas vestidas de blanco llevaban flores al altar, los sacerdotes oficiaban revestidos de gran lujo, y en las torres de la Catedral y de las iglesias y capillas repicaban á vuelo todas las campanas.

Claudio Mirandol estaba por eso desesperado: habría querido enmudecerlas con un gesto, por que le hacían mal hasta el extremo de llorar, como si manos de atormentadores hubieran buscado la enconada herida de su corazón y allí le revolviessen un puñal. Y sin fuerzas para defenderse de la obsesión que le dominaba, volvía los ojos á su calvario para suspirar en las ruinas de cuanto fué su felicidad. Y con la mano en la mejilla, los ojos fijos, abrasados por el llanto y la fiebre, estaba retirado en lo más sombrío del jardín aguardando el término de su convalecencia moral. Pensaba en voz alta y sollozaba dolorosamente.

—¿Porqué, decía, se cansó de mi ternura, que le hice, por qué me engañó á mí que la amaba con la vida? Y se acordaba hasta de los menores detalles de aquel amor que debió durar para siempre, de las escenas de cólera de amargura y de celos, que levantaron entre Berta y él un abismo infranqueable, las mentiras irrisorias, las comedias ridículas, la ruptura brusca, re-

suelta, peor que la amputación de un miembro destrozado por una bala de cañón, y por último, la vileza de volver más sumiso, más ciego al yugo. Luego perdido todo al fin, su retorno de hijo pródigo á la ciudad natal, en derrota, como azotado por una lluvia de tempestad.

Sin fuerzas ya, decepcionado, llegó á reconfortarse con la recepción que le hicieron en su casa apacible, donde lo aguardaba la mejor de las madres, anciana serena y sonriente, rodeada de amistades fieles, tesoro de recuerdos queridos y de creencias consoladoras. Pero ya esta calma inmutable, este estancamiento de la vida semejante al agua inmóvil de una laguna, le empezaba á despertar aborrecimientos. Y necesitaba ocultar sus penas por temor á las reflexiones hostiles, á los aires de indulgencia y de vaga piedad que sin duda le hubieran interrumpido al menor ensayo de confesión, como si se tratara de un enfermo cuya razón vacila, que no sabe lo que dice y que balbucea historias inverosímiles. Empezó á intentar evadirse del presidio, del destierro que voluntariamente se había impuesto y tenía prisa de tomar el tren que le llevara á París, para perderse allí entre las multitudes, aturdirse, interrogar á los amigos y saber si la infiel le extrañaba, si había tenido alguna tristeza, si se había conmovido después de la ruptura ó había tomado su partido y acomodándose á nuevas alegrías de amor era feliz.

El jardín estaba alegre como un traje de desposada y lo tenía la claridad de los cielos con franjas de oro: millares de rosas formaban guirnaldas en los venerables troncos, en las estatuas y en los zócalos de las jarras de mármol.

Pajarillos invisibles mezclaban sus trinos dulces como el sonido de una flauta de cristal á la monotonía arrulladora queja del surtidor de agua; olas de luz derramándose del sol, inundaban las casas y las embellecían. Se hubiera dicho que las ramas irradiaban como maravillosas esmeraldas ó mágicas pupilas que buscaran otras miradas. Y lo mismo que las campanas, aquellas explosiones de corolas, aquellas blancuras esparcidas, aquellos tallos flexibles, aquellos gorgoros de pájaros, le traían la sugestión de todo lo que había amado, de todo lo que había perdido. Sentía revolotear en torno suyo como un fantasma á Berta, que le decía el adiós desencantado, última copla de su canción de amor.

—¿No basta que me haya yo dejado amar algunos meses? Tu creías que tenía yo el alma de una griseta y que mi ensayo se transformaría en amor á perpetuidad! Me persigues, te encelas, pierdes la cabeza cuando sonríe á otro, cuando llevo con retardo á tu cita ó cuando recibo una carta. No quiero tragedias; abajo telón y los actores á su casa.»

Claudio desfallecía como un caminante que lleva carga muy pesada y no tiene fuerzas para llegar al término de su viaje.

La arena del jardín crugió bajo los pasos de una sirvienta anciana de mejillas lucientes y ojos vivos detrás de sus antiparras.

—He estado buscando á usted por todas partes. Dice la señora que no es permitido permanecer ocioso en un día como este y que lo está esperando para componer el altar. Las señoritas, trajeron flores y trabajan y rien, corazones inocentes! como si estuvieran ganando el paraíso.

—Ve á ayudarlas, te sigo.

—¿De seguro, eh?

—Nada mejor tengo que hacer.

Sin embargo una emoción profunda le invadió cuando desde la puerta abierta de par en par vió la calle engalanada como para bodas de princesa, las fachadas de ladrillos y los balcones de piedra adornados con colgaduras de seda que tenían prendidos ramos de flores guirnaldas de laurel y de mirto. El piso lleno de corolas deshojadas que ocultaban los guijarros y los arroyos; y gran deza y lujo de arabescos, emblemas, blasones, velas de barco, tendidas de edificio á edificio y mariposas de papel que revolaban presa del vértigo entre esta explosión de flores y este aire lleno de polvo de oro. Claudio se sintió rejuvenecido, vuelto á sus días de inocencia angélica y de fé ardiente.

II.

Al entrar en la capilla vió á la señora Mirandol sentada en un sillón de terciopelo contemplando su obra, dando prisa á las jovencitas que vinieron á trabajar y que reían y cantaban extendiendo el mantel de blondas, añadiendo rosas á las otras rosas, poniendo el tabernáculo y dando brillo á los candelabros.

Una entre todas, por su belleza exquisita y delicada, merecía oír murmurar en sus oídos la salutación del arcángel. No era ni grande ni pequeña; sus cabellos de seda de un rubio claro encrespaban sobre su frente suaves rizos donde parecían dormir rayos de sol; sus ojos grandes como llenos de una agua límpida y azulada, sus labios aterciopelados como una fresa que ni el aire ha besado, tenían un encanto auroral. Llevaba un vestido sencillo de muselina y un sombrero de paja.

Cuando entró Claudio las turbulentas trabajadoras callaron y se detuvieron intimidadas por el aspecto doloroso del joven.

Por otra parte, tenían estar despeinadas y desagradar á este visitante inesperado, á este personaje romanesco y misántropo de quien murmuraban las comadres tantas historias y al cual no se había visto todavía desde su llegada de París ni en los salones, ni en la catedral, ni en la retreta.

La Sra. Mirandol se levantó con alegría.

—Picaro, perezoso, le dijo, llegas cuando nada hay ya que hacer.

—Espero, señoritas, dijo él, que mi madre no haya visto bien y que podrá todavía ser útil para algo.

—Ciertamente, señor. Prenderá vd los cordones del dosel. Nosotras no podríamos clavar una cosa tan alta. ¿Quiere vd. escalera?

La Sra. Mirandol las interrumpió.

—Esperen vds. al menos que les presente á Claudio, señoritas.

Las jóvenes avanzaron como para una distribución de premios.

—La Srita Jacobina Fronfrede y su hermana Berenguela, la Srita. Andrea Vinarac, la Srita. Teresa Bastide tu prima.

—La Sra. Mirandol hizo una pausa antes de presentar á la última, la de los cabellos finos y los ojos claros.

—La señorita Carlota de San Ciro, Lileta, que acaba de salir del Sagrado Corazón, hija de mis mejores amigos.

La bella rubia saludó á Claudio con una reverencia y Claudio como deslumbrado por un relampago dijo:

—Lileta ¿Es posible? Y ayer apenas estaba vd. saltando la cuerda, persiguiéndome para oír cuentos de hadas.

—No merecía vd. mi perdón. Estoy disgustada de que no me haya vd. buscado sabiendo lo mucho que le quise..... Teresa los vino á separar.

—No está vd. primo para impedirnos el trabajo; tenga vd. los clavos y el martillo.

A poco rato se juntaron otra vez Claudio y Lileta en lo alto de una escalera doble y ella dijo:

—Antes no tenía vd. esa cara triste ni esos ojos hueraños. A nuestra edad no se llora por tonterías y yo adivino que llora vd. cuando está solo.

—Señorita..... juro á vd.

—Por mí?

—No se jura así sin necesidad.

—Embustero, feo.

—Curiosilla, linda.

—Merece vd. que no me interese por sus penas.

Varias mujeres entraron diciendo:

—A encender! allí viene la procesión.

III.

Pronto resplandeció el altar. El rítmico redoble de los tambores precedía á lo lejos al rumor solemne de los salmos y á las vibraciones de los cánticos que en tonaban las mujeres y los niños.

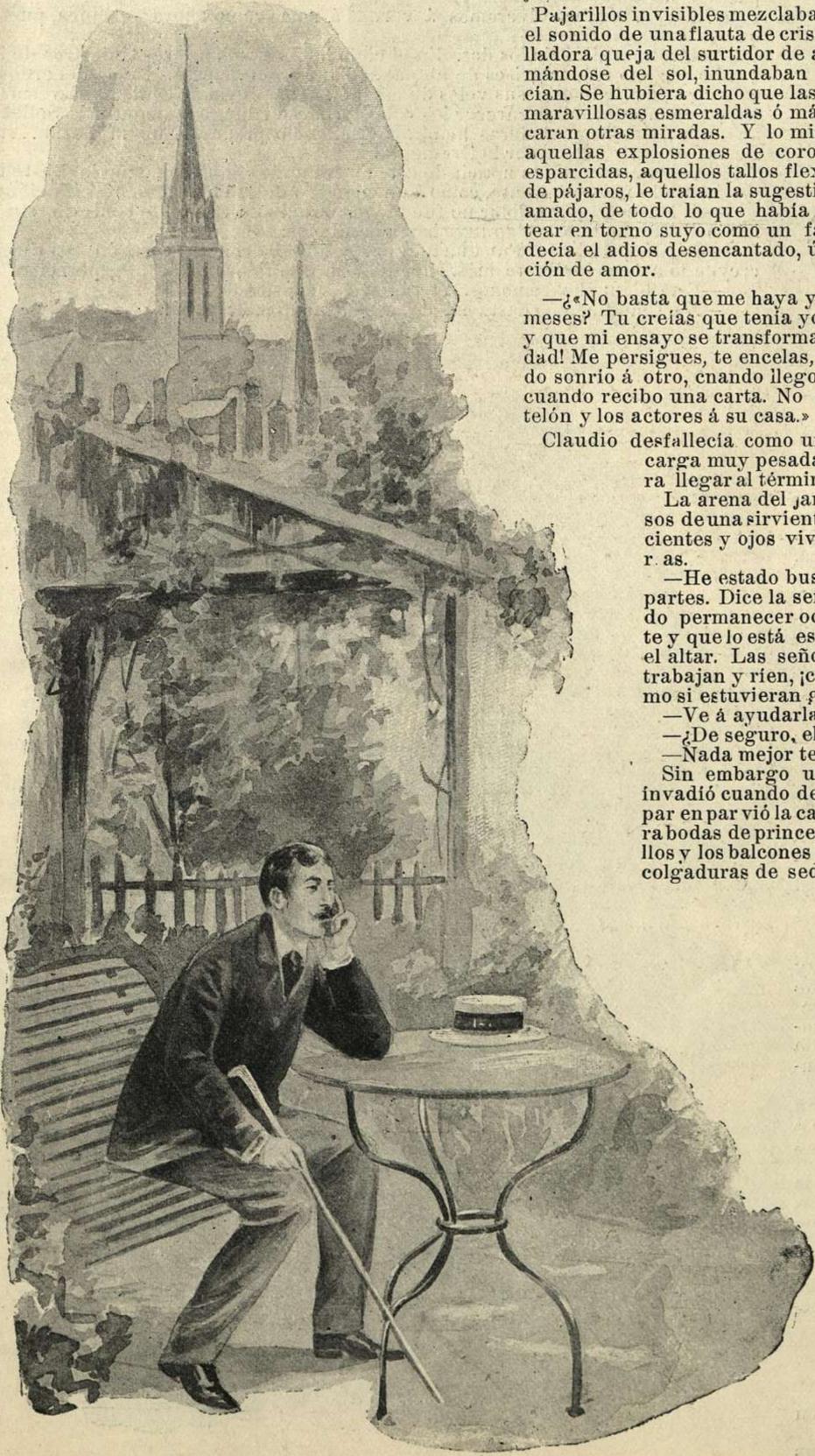
Las ventanas se abrían, salían á los balcones las gentes con cestos de flores; y las banderas de las parroquias, los estandartes de las cofradías, las reliquias, las imágenes veneradas llenaron la calle. De las buhardillas, de las ventanas y balcones, arrojaban flores y más flores que caían sobre los ornamentos de los sacerdotes, sobre los roquetes de los monaguillos, sobre los bordados del palio. La procesión avanzaba como bajo una nevada olorosa y radiante.

Claudio se arrodilló junto á Lileta y tomándole la mano al pasar la Custodia, le dijo con angustia suprema.

—Dios oye tus plegarias, niña. Pídele el olvido y la dicha para este pobre loco.

IV.

La Srita. de San Ciro estaba junto al piano cuando Claudio entró en el salón timidamente, como quien entra en una iglesia. Las persianas cerradas y las anchas cortinas de muselina tamizaban la luz; y esas vagas tinieblas entre las que se destacaban los retratos y los adornos antiguos, prestaban cierta frescura adormecedora de selva. La joven, iluminada por un haz de luz que pasaba al través de una ojiva, parecía uno de esos santos circundados de aureola, y sus ca-





bellos tenían reflejos de joya. Turbada también se estremecía al más leve ruido y maquinalmente dejaba correr los dedos sobre el teclado produciendo una música dulce que Claudio oía encantado. Sus ojos se llenaban con la presencia de Lileta y embelesado viéndola, dijo con voz que revelaba gratitud y ternura.

—Lileta te amo!

Ella se levantó sobresaltada y trémula.

—Tengo miedo, dijo.

—¿Me permites abrazarte?

—En un arrebato de ternura Lileta reclinó su frente en el pecho de Claudio, y le entregó en una sonrisa de éxtasis su juventud, su belleza, su alma blanca. Claudio la besó en la frente, en las mejillas, en los ojos, en los cabellos, cubrió su faz adorable con un velo de caricias y le repetía:

—Te amo, corazón mío, te amo, te amo.

—¿Y será siempre como ahora?

—Siempre mi bien, cada día más.

Y los labios de Claudio se posaron en los de Lileta apasionada y castamente, y consagraron su juramento alcanzando con la alegría de vivir, la confianza en el futuro, la fé.

V

Una por una se habían ido apagando las luces de la ciudad y de la ribera, y empezaron esos rumores otoñales que parecen la plegaria de los peregrinos que encienden las estrellas. Roncos graznidos de buho y ladridos locos de perros, rechinado de carretas retrasadas, cantos de ébrios perdidos, interrumpían por momentos la melancólica y adormecedora quietud; y los grillos dialogando á la orilla del agua, hacían pensar en algún reloj mágico de timbre de cristal destinado á contar las horas de rosas ó de luto que no volverán jamás.

Claudio hundido en esas tinieblas de las que debiera haber huido como de un peligro, se inclinaba en la rampa de la terraza como si estuviera escuchando á alguien que le llamara. En efecto, desde el salón donde acababa de escribir á su madre, Lileta le había estado llamando sin éxito.

En vísperas de viaje, se piensa mucho en la vieja casa paterna que queda oculta tras de la cercana selva, abrigando excelsas beatitudes, gorgoros de nidos, el cuarto de los niños de bocas olientes á rosa, las ventanas donde se cambiaron confidencias contemplando el cielo profundo constelado de astros y rasgado por reflejos fugitivos.

El presentimiento de que no volverán á probarse esas alegrías, de que se ha agotado de un sorbo la copa de la dicha, viene entonces con la idea de que empezaron ya los días funestos.

VI

¡Qué locos eran partiendo á París cuando tan contentos habrían seguido en la paz de su hogar nativo!

¿Tendría él fuerzas suficientes si Berta lo llamaba otra vez, para cumplir sus juramentos de no verla más? ¿Estaba bien curado de aquel amor? Había reflexionado bien, antes de realizar su romanesco matrimonio con Lileta? La amaba y cau-

sarle la pena más leve sería su desesperación. Lo encantaba con su dulzura apasionada, con su belleza ideal, y se decía que sería la infamia más negra, engañarla por seguir las sugerencias de Berta. Y sin embargo si algún amigo le hubiera dicho en ese momento «dame tu palabra de honor de que rechazaras á esa mujer si te llama» él habría contestado: no puedo prometerlo.

Iba á prorrumpir en algún arrebato de ira contra sí mismo, cuando se enlazaron á su cuello los brazos desnudos de Lileta que le dijo:

—¿Le parece á vd. bien, señor mío, dejar á su Lileta llamando como una loca y pasarse largas horas sin darla un beso? Sobre todo, hay que dormir temprano cuando se está de viaje.

—No viajamos.

—¿Te chaceas? Ya todas las maletas están arregladas y dadas todas las órdenes.....

—Se desbarata todo. ¿Para qué echarnos al camino cuando estamos tan bien aquí?

—Ya lo decidiste? Pues bien: yo quiero ir á París, á nuestra casa.

—Somos tan felices aquí!

—Allá lo seremos también. Di que nos vamos mañana, ó si no, ya no me quieres.

—Puesto que lo deseas, partamos.

Y entraron á sus habitaciones en tanto que los grillos contaban con su nota de cristal clara y vibrante, las horas que se van....

VII

Berta se apoyaba con una languidez arrobadora en el brazo de Claudio, al dirigirse al bosquecillo de manzanos donde estaba puesta la mesa.

—Entonces, no estás ni disgustado ni contento de esta farsa de casualidad que te reunió con tu Berta? ¿Tu corazón no palpitó un poquito más fuerte?

Claudio se mordía los labios sin contestar, y ella con voz amorosa y tierna añadió:

—Como me amabas poco, te desprendiste fácilmente de mí. Esta mañana cuando nuestro amigo Bayeux te llamó para que me vieras, necesité una gran fuerza de voluntad para no desmayarme.

Claudio se estremeció.

—Y tu mano, continuó ella, quedó como muerta entre las mías, y ese hielo me lastimó el corazón.

—Bien conoces, ¡ay! que no estoy curado de mi amor por tí.

Berta, sacudida en todo su ser por la respuesta de Claudio, se apoyó contra el muro respirando penosamente, con los párpados entrecerrados, y empezó á rayar la arena con el extremo de su sombrilla.

—Habría dado no sé qué por sentarme á tu lado en el carruaje durante el paseo y no me atreví.

¡Oh! ¿y cuándo volveremos á vernos á solas como ahora? ¡Nunca, puesto que ya eres casado!

Quedaron en silencio los dos. En el cielo había resplandores siniestros de incendio, y como ruinas grises de un palacio que se derrumba. Luego, el crepúsculo agonizante tendió sus velos de crepón como lluvia de ceniza y flores azules; y se empezaron á oscurecer los valles primero y luego la montaña. Sollozos ahogados, quejas plañideras hendían el silencio precursor de la noche..... Berta lloraba y gemía por lo irremediable!

—Otros me dieron la noticia de este matrimonio. Siquiera no me lo dijiste tú!

El la vió frente á frente, como á un enemigo de quien se temen las traiciones. —Si has sufrido, tu dolor no fué menos cruel que el mío, le contestó, sin tu impío abandono habría sido tuyo hasta la muerte:

—Perdón, Claudio! Fui una inexperta: jugaba con tu corazón tan tierno, creyendo así esclavizarte más, encender en tí la fiebre de la desesperación.

—Está bien: separémonos. Ya tú estarás consolada.

—No, Claudio, amo hasta mi dolor porque lo motiva tú.



Lides de gallos.



Y lo fascinaba con sus ojos soberanos, con su boca encendida, de donde brotaban las palabras como olas de perfume.

Claudio vaciló y luego, agotado por la lucha gritó:

—¡Cállate! Yo no te debo amar

Berta retrocedió souriente, deslumbradora.

Es pues más hermosa que yo? dijo, te ama locamente como yo?

La campana les recordó que el resto de la concurrencia ya estaría á la mesa.

Después de la comida Berta le preguntó:

—Cuando partirá usted?

—Mañana.

—¿Para volver?

—Dentro de ocho días.

—¿Qué largos me van á parecer! E inclinándose para levantar del suelo una rosa, la triunfante seductora rozó la faz de Claudio con sus cabellos.

VIII

Nubecillas como fantasmas se perseguían huyendo por el horizonte; las tinieblas subían del mar á la encrespada costa, las constelaciones cintilaban pálidas, haces de luz amarilla desprendidos de un foco lejano taladraban la bruma, y el mar en silencio parecía un abismo de tristeza. Sollozos ahogados, quejas planideras, suspiros tristes venían de muy lejos y hallaban eco en el seno anhelante de Lolita que sonreía con angélica dulzura.

Lileta soñaba reclinada en los cojines de terciopelo y seda que habían amontonado en la poltrona, detrás de su cabecita rubia. De pronto se volvió para el lado donde estaba Claudio y le tendió los brazos gozosa sin apercibirse del gesto de angustia y remordimiento que entristecía al culpable, que ni aun se atrevía á mirarla.

—Qué bien hiciste yendo á cazar al castillo de Bayeux. Como nunca nos habíamos separado, no sabía todo el lugar que ocupas en mi corazón.

—No deberías haberme dejado ir solo.

—¿Piensas que fué por falta de voluntad? Pero no convenía.

—¿No convenía? Explicáte.

—Cuando era yo pequeña, me hacías cuentos maravillosos que empezaban todos «Erase un rey» y terminaban «y el príncipe y la princesa se amaron mucho y tuvieron muchos hijos»

Claudio sintió algo muy hondo que nunca había sentido en el corazón.

Lágrimas de ternura afluían á sus párpados y tenía en la garganta un nudo y en el pecho una opresión tan profunda que le era materialmente imposible articular una palabra.

Ruborizándose Lileta continuó.

—A mí me corresponde hoy hacer el cuento. Oyeme bien. «Erase una rubita que amaba hasta la desesperación á un gran calavera que también la quería mucho... ó á lo menos la rubita se lo imaginaba. Y pasaban la vida tan feliz! Un día la rubita tuvo un bebé.....» Claudio se lanzó sobre los cojines sollozando y llenó de besos la frente, las mejillas, los labios, el cuello de Lileta, con arranques de alegría, de fervor, como quien se ha salvado de un peligro, como quien se ha curado de una enfermedad mortal en maravillosa piscina, como si alguna blanca aparición celeste lo hubiera arrebatado de las garras de un mago infernal y.....

IX.

Así se realizó el milagro que Lileta pidió á Dios al pasar la Custodia en la procesión del día de Corpus, cuando las campanas echaban á volar sus vibraciones

que mariposeaban primero en los techos rojos, luego sobre las copas de los áboles y al fin en la cumbre de las altas montañas.

RENÉ MAIZEROT.



DAMAS MEXICANAS.

tante de tregua; es una rabia que no cesará hasta la muerte. Los espectadores siguen con mirada atenta todos sus movimientos, cuentan las plumas arrancadas, las heridas y el murmullo de las voces aumenta siempre y las apuestas también.—*¡Cinco duros por el chico!—Ocho duros por el pardo!—Veinte duros por el negro!—¡Va!—¡Va!*

Pero llega el momento en que uno de los dos gallos hace un movimiento que revela la inferioridad de sus fuerzas y empieza á dar señales de fatiga. Aunque resiste todavía, sus picotazos son menos frecuentes, sus espilonazos más raros, sus saltos menos elevados; diríase que va comprendiendo que se halla en peligro de muerte. Ya no lucha por matar, sino por no ser muerto; retrocede, huye, cae, se levanta, vuelve á caer y vacila cual si le faltara la cabeza. Entonces el espectáculo empieza á ser horrible. Ante el enemigo que cede, el vencedor se vuelve feroz; sus picotazos son más fuertes, llenos de rabia, implacables, dirigidos á los ojos de la víctima, con la regularidad de la aguja de una máquina de coser; su cuello se alza y se baja como si lo moviera un resorte; su pico busca la carne y se recrea arrancándola á pedazos y destrozándola; después profundiza en la herida y se afana y lucha, cual si buscara fibras rotas; luego pica con pertinaz insistencia en la cabeza, como si quisiera abrir el cráneo y sacar los sesos. No hay palabras que puedan expresar el horror de esos picotazos continuos, infatigables, inexorables. El vencido se afana, se escapa, corre de aquí para allá en su cárcel y el otro detrás de él y sobre él, inseparable como su sombra, la cabeza inclinada sobre la del fugitivo lo mismo que un confesor, siempre picando, ensañándose y destrozando. Hay algo del asesino, del verdugo en aquella insistencia; tiene el aire de hablar al oído de su víctima y diríase que acompaña cada golpe de un insulto. «¡Toma! ¡sufre! ¡muere!—¡Todavía no? ¡Toma ese golpe! ¡y ese! ¡y otro más!» Un poco de esa rabia sanguinaria se insinúa en vuestras venas; esa cobarda crueldad os inspira deseos de venganza; quisierais ahogarle entre vuestras manos, aplastarle la cabeza con los pies. El gallo vencido, lleno de sangre, sin plumas, vacilante, intenta de vez en cuando algún ataque, da algún picotazo, huye, y se esconde entre los barrotes de la balastrada, buscando un asilo.

Los jugadores se enardecen y gritan cada vez más fuerte. Ya no pueden apostar sobre la lucha, pero apuestan sobre la agonía.

—*¡Cinco duros á que no tira tres veces!—¡Tres duros á que no tira cinco!—¡Va! ¡Va!*

En aquel momento oí unas palabras que me hicieron temblar. «*¡Está ciego!*»



Srta. María Lomeli

DE GUADALAJARA.

(Fotografía de Lupercio.)

Me acerqué á la barrera, miré al vencido y volví en seguida la cabeza con horror. No tenía piel, ni ojos; su cuello no era más que un hueso sangriento; su cabeza no era más que un cráneo; sus alas reducidas á tres ó cuatro plumas, semejaban dos andrajos; parecía imposible que pudiera aún vivir y caminar, pues no tenía forma de gallo. Y esa ruina, ese monstruo, ese esqueleto manando sangre se defendía aún sebatía en las tinieblas, sacudía sus alas destrozadas, alargaba su cuello hecho girones, agitaba su crá-

ber reducido á otro á la impotencia, pudiese torturarlo, martirizarlo, destrozarlo de aquel modo, con el encarnizamiento de la hiena y la voluptuosidad de la venganza. Yo no creía que el furor de un animal pudiese llegar al extremo de presentar el carácter de la maldad humana más acentuada.

EDMUNDO DE AMICIS.

JUNTO AL MAR.

TRADUCIDA DE «FIORS DEL CALVARI» DE VERDAGUER.

Desde el altivo monte que domina
Del mar azul la límpida extensión,
Me agrada ver la tarde que declina
Serena y triste, cual declino yo.

¡Qué grandioso es el mar, qué hermoso el cielo
Del sol muriente á la postrera luz!
¡Y cuán pequeño yo con mi hondo duelo,
Cansado ya de mi pesada cruz!

Ese piélago azul en noches bellas
Astros y ensueños á mi afan mintió:
Hoy copia como entonces las estrellas
Pero no finge mis ensueños, no!

Sobre su arena que arrebató el viento
¡Cuánto castillo hermoso levanté!
Y cómo allí con loco atrevimiento
Puse el altar de mi bendita fé.

Ilusiones que erguidas un instante
Fueron luego juguete del azar,
Conchas que trajo la onda murmurante
Y que también se las volvió á llevar.

Barcos en que naufraga la ventura,
Nubes en que se esfuma el arrebol,
Islas que surgen en la noche obscura
Y desaparecen al salir el sol.

Locas ideas de mi mente local!
¡No sé cómo con ellas vivo aún,
Porque quemán cual quema cuando toca
Con su hálito de llamas el simun!

La ola por los vientos agitada
Algo trae, ó lleva para el mar.....
Si yo no espero ya ni tengo nada
¡Qué me puede traer, ó qué llevar!

Ay! ¡Por qué me enseñaste, poesía,
A formar mundos de ilusión, por qué,
Si en el abismo de la mar un día
Contigo y con mis mundos rodaré?

Cual hoy escribo en la movible arena
¿Cuándo, cuándo del cielo de zafir
En la inmutable página serena
Podré mis pobres versos escribir?

JAVIER SANTA MARÍA.

DESFILE.

En las cimas profundas de mi alma
hay un lóbrego y triste aposento,
donde bullen siluetas macabras
de cosas que fueron
y luego brillaron
al conjuro triunfal de mis dichas
y á la cárdena luz de mis sueños.

Es un páramo ignoto y sombrío
donde ocultos están mis recuerdos,
mariposas de luto que encarnan
marchitos anhelos;
floraciones sin brillo que asoman
sus rostros enfermos,
en la celda donde abren sus alas
como abejas de luz mis ensueños.

En mis lúgubres noches de insomnio
y en mis horas brumosas de tedio,
los invoca mi espíritu y vienen
vestidos de andrajos
polvosos y viejos,

como ronda de seres difuntos
escapados de algún cementerio.

A mi voz se esperezan y llegan
salmodiando sus tristes arpegios
y acordes extraños
de ritmos siniestros;
cobijados en nimbo de bruma
y en tocas raídas
de pliegos funéreos.

Al posarse en mi espíritu encienden
sus pupilas de sátiros negros,
y después de exhumar las tristezas
que vagan ocultas
vibrando en mis sueños,
se dispersan, y surgen de mi alma
cabalgando en las alas del verso.

BENITO FENTANES.

EL OCASO

Sangriento el sol corona la alta cumbre,
Y mustio, al despedirse de la tierra,
Se amortaja con sábanas de lumbre
Y espira como un dios tras de la sierra!

La tarde entorna los cansados ojos
Y al sucumbir doliente y abrasada,
Cual sobre inmensos almohadones rojos,
La cabeza reclina destrenzada.

Y entonces Dios, enamorado de ella,
Desde su trono azul lleno de galas,
Al verla triste, moribunda y bella,
Poco á poco la cubre con sus alas.

Y del silencio ante el solemne halago,
La alba luna, esa anémica sublime
Que finge amor al soñoliento lago,
Llega, y un beso á la espirante imprime.

Oyense preces en ignotas aras
Y al fin, envuelta en sus oscuros velos,
La inmensa negra de pupilas claras
Penetra en el alcázar de los cielos.

Llena al punto el espacio de crespones,
Hace vibrar el arpa del mutismo,
Y comienza á llorar exhalaciones
Como gotas de fuego en el abismo.

La flor cierra los labios; calla el mundo,
En luz se rompe en lo infinito el astro,
Y del negro horizonte en lo profundo,
Sube la niebla en olas de alabastro.

Surge Morfeo, el dios ebrio del opio
Que al pardo buho del osario alegra,
Y el astrónomo apunta el telescopio
A las pupilas de la inmensa negra.

En tanto, del vacío en la negrura,
Como lagos de pétalos de rosas
Frescas y blancas, en la eterna altura
Se ven palidecer las nebulosas.

Transpira el bosque aromas embriagantes
Y aduerme los monótonos ruidos
De sus hojas, temiendo por instantes
Que despierten las aves en sus nidos.

Duerme la virgen en su blanco lecho
Y sueña con las flores y las nubes,
Mientras le rozan el ebúrneo pecho
Con sus abiertas alas los querubes.

Duerme el niño y suspira blandamente
Y sueña con el seno que lo aguarda,
Mientras lo arrulla con amor ferviente
Quedo, muy quedo, el ángel de la guarda.

El criminal no duerme: su conciencia
No deja que sus párpados se unan;
De la noche lo espanta la presencia,
El silencio y la sombra lo importunan.

El amante está en vela, pero sueña,
Sueña con los encantos de su amada,
Cierra los ojos y la ve risueña
Con la cabeza hundida en su almohada.

El fuego fatuo, sol de los osarios,
Brotando de los sepulcros entreabiertos,
Y agitando sus fúnebres sudarios
Hablan á solas los helados muertos!

Sólo del mar el poderoso grito
Se oye vibrar en tan solemne calma;
Canta el poeta! explora el infinito,
Y al infinito se remonta el alma!

La luna, en tanto, entre ignorados mundos,
Del monte baña con su luz los flancos,
Y parecen sus rayos moribundos
Hebras sutiles de cabellos blancos.

Y al fin sucumbe desolada y triste
Mostrando su letal abatimiento,
Y son las nubes con que al fin se viste
Rotas mortajas que amontona el viento.

De súbito la noche entristecida
Siente que alguien la acosa, y asustada
Corre, corre temiendo por su vida,
Corre á perderse en la insondable nada.

Surge la aurora en horizontes bellos,
Y á la noche, colérica amenaza;
Luego empuña sus dagas de destellos
Y la hiera, y después.....la despedaza!

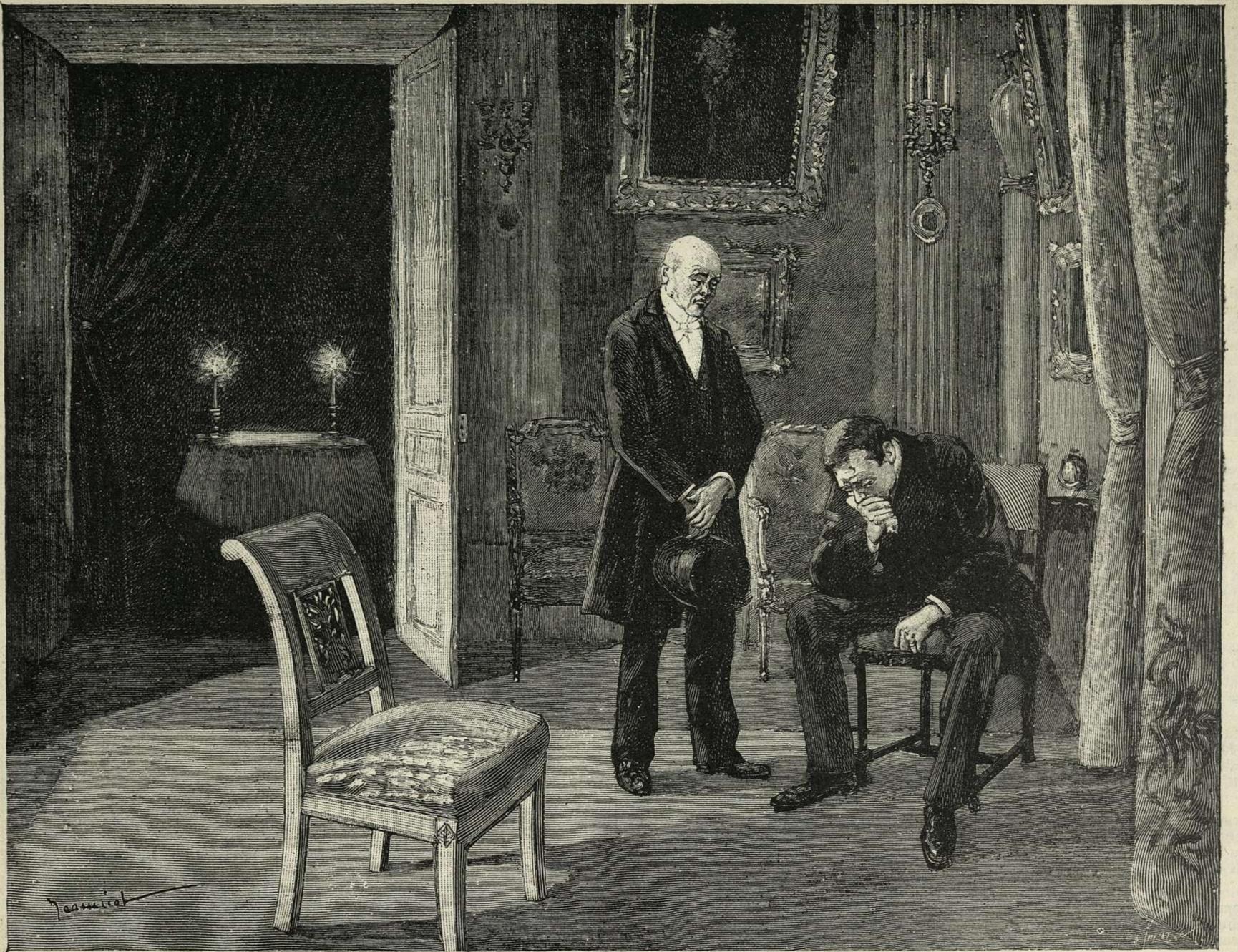
Salta la luz en explosión ardiente
Y al mundo rueda en argentada lluvia,
Mientras en pie, sobre el lejano oriente,
Canta victoria la gigante rubia!

JULIO FLOREZ.



EL OCASO

(Véase el artículo «Nuestros Grabados.»)



LOS MAS FUERTES

POR GEORGES CLEMENCEAU—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Número 3.

Por otra parte, acababa de encontrar capitales para llevar á cabo los proyectos que hizo abortar la ruina de su suegro, y el nuevo desarrollo de su fábrica necesitaba una sobrevigilancia activa y constante. Luego, frecuentes viajes á París y al extranjero, trajeron á su espíritu un contingente de distracciones nuevas.

Al regresar de uno de sus viajes, su médico, el Doctor Archambaud lo llevó apárte y le dijo:

—Tengo, señor, una noticia feliz que comunicar á usted. Según todas las apariencias, la señora de Harlé está en estado interesante: no he querido decírselo á ella terminantemente, para dejarle á usted la alegría de confirmar sus sospechas, pero yo no tengo duda: reciba usted mis felicitaciones.

Domingo, sorprendido por esta idea, que no se le había ocurrido nunca, exclamó:

—¡Imposible, Doctor!

—Perdóneme usted, señor Harlé, es necesaria esa posibilidad porque el hecho existe.

—Yo no digo que no. Espéreme usted.

Y trató de recordar la fecha incierta en que por última vez, llamó á una puerta que ni súplicas ni amenazas lograron abrir.

El Doctor viendo esa faz contraída, concibió de pronto la sospecha de que había cometido una tontería.

—¿Qué tiempo tiene? preguntó Harlé despues de una pausa.

—No podría precisarlo, dijo el Doctor ya con desconfianza.

—Escuche usted, y no se ría. Tantas cosas me han pasado despues que... yo no sé. Esa cuenta no se lleva como las de mis libros y si está usted seguro, así debe ser.

Y seguido del médico se precipitó al cuarto de su esposa.

—Y bien, querida mía, dijo tomándole la mano;

estás enferma y pálida y Archambaud acaba de decirme por qué, lo cual me hace muy feliz. Comprendo ahora tu cambio de carácter que no me explicaba, pero no quiero molestarte, tienes calentura, te dejo con el Doctor.

Solo ya con su enferma que estaba sacudida por una crisis nerviosa, el viejo Archambaud que amaba tiernamente á Enrique se hizo algunas reflexiones relativas á el, y de pronto lo iluminaron claridades de evidencia. Como la joven estalló en sollozos, el médico la dijo vivamente.

—No llore usted. Comprendo mi falta demasiado tarde, pero yo lo arreglaré todo. Descanse usted en mí.

Clara no duda de nada en la estupefacción del suceso.

—Corra usted á Puymaufray, suplicó al médico, y dígame á Enrique que yo no lo sabía... que pensaba que mis temores eran vanos. Ahora ¿qué hacer? Lo que ya sucedió no puede cambiarse. Nuestro hijo debe nacer bajo este techo, y es fuerza que Enrique me tenga compasión y se resigne á lo irreparable.

Archambaud cumplió respecto á disipar las dudas de Harlé lo que había prometido, conforme á datos impuestos por la casualidad de las circunstancias pues no había otro recurso, y Puymaufray tuvo que conformarse porque estaba de por medio la vida de Clara. El Doctor desarrolló una gran teoría sobrecargada de ejemplos, respecto á los alumbramientos tardíos que el principal interesado aceptó sin discusión, y la pequeña Claudia, presentada á la pila bautismal por el Marqués de Puymaufray, se inscribió en las actas del Registro Civil, como hija legítima de Domingo Harlé y Clara Mormand su esposa.

Harlé en el pleno desarrollo de sí mismo, daba su alma toda al capital de oro y de voluntad que estaba ya en producción, y se sentía orgulloso de

tener una heredera de su ilustre dinastía, fijándose más lejos sus esperanzas en un yerno para el porvenir. Enrique, un arruinado y Clara una inútil, estaban distantes para él y envueltos en un indulgente olvido.

Una nueva vida empezó para los amantes aumentada por el amor de la niña, y no pensaban ya sino en vivir el uno para el otro y los dos para ella. Pero el más bello sentimiento se debe transportar á la acción, traducir en actos cotidianos, realizar en movimientos visibles, y se necesita una fuerza particular de simulación para ocultar todas las sensaciones, de la indiferencia al odio pasando por el amor, y conservar un aspecto de aparente sinceridad.

Clara y Enrique se amaban demasiado para no mentir: pero el hombre se resigna más fácilmente á esta violencia, pues apesar de lo que se cree comunmente en ese caso son menos propicias á conservar su serenidad las mujeres.

La niña agravaba esta situación tendiendo sus bracitos amorosa á Puymaufray, que entonces sí casi no podía fingirse tranquilo.

Puymaufray soñaba en el desolado aislamiento de su castillo, en tanto que Clara al llegar la noche velaba al lado de la camita de Claudia, y buscando los ojos amados del ausente amigo, tropezaba con los del otro, víctima también, cuyos actos resultaban falsos en su aplicación respecto de esta criatura intrusa, usurpadora de sus bienes y de su alma, pero que más tarde le serviría de dócil instrumento para la inconsciente venganza. Humillado Enrique sufría porque á consecuencia de subaja acción, el mal por él creado repercutía sobre él. Clara á lo menos estaría en su puesto de madre, aunque la apenaría el sacrificio que imponía á aquel cuyo amor la salvó de si misma.

Pasado el primer vértigo, los dos se asombraron

de que se alzara en ellos una potencia superior de ternura.

—¡Qué pobre amor era el mío, decía, cuando te correspondí! No había vivido hasta entonces sino en la contemplación de mí misma y no te pedía más que el olvido de mis males. Eso fué ayer y parece ya tan lejano! En algunos meses qué prodigalidades de altruismo se han derramado de mi ser!

—¿Y qué diré yo que al volar á ayudarte para que te salvaras del naufragio, hallé mi salvación en mi propia vida? Yo te tendí la mano y fuiste tú quien me sacó del abismo.

—Confiesa que de nuestras dos derrotas hemos hecho una victoria. ¿Qué era yo? Un despojo perdido en los mares de las catástrofes vulgares. Lo mismo que tú. Yo te debo haber aprendido á vencer la tempestad.

—Yo te debo mi resurrección. El mundo que te abrumó desde el primer encuentro, me había viciado hasta destruir en mí toda voluntad de resistencia. Luego, tus ojos me enseñaron por donde viene la renovación salvadora y veo y admiro lo que se me ocultaba: la pequeñez del hombre y la grandeza del amor. Mi fuerza que me viene de ti se me revela poderosa; y mi amor más bello que la egoísta alegría de amar, sabrá hacer de tí y de nuestra niña algo sublime, devolviéndoles algo del alma que tú me has dado para derramar dulces destellos de tu bondad sobre las desventuras de la tierra.

—Lo que yo te dí ya lo tenías. La chispa no viene del eslabón ni de la piedra, sino del encuentro de ambos. El encuentro: he aquí la maravilla. El sacerdote quiere que un Poder de arriba realice el choque de las almas para que brote el fuego sagrado. Tal vez sea más grande el milagro si la eterna energía dispersa en todas las cosas se acumula en nosotros, y por el relampagueo de voluptuosidad infinita que surge del alma, nos convierte en dioses de un día.

—Si, yo sentí que había milagro, cuando me abismé en la claridad de tus ojos, porque allí ví irradiar el fulgor de todos los misterios. . . . luego hubo una explosión de luz; y en el deslumbramiento, sentí que algo inaudito acababa de realizarse, de cumplirse.

—El eslabón y la piedra. Te lo dije. Luego la chispa que enciende el crisol para la hermosa fusión de dos vidas. Dos vidas diferentes confundidas de pronto para que apaguen la una en la otra su sed inagotable de amor, sed que constituye la desdicha humana. ¡Qué misterios del destino! Atrevete á decir que se habría producido el milagro, que me habrías comprendido y amado si me hubieras encontrado antes la prueba de mis dolores ó antes de tu desencanto de los placeres. Y yo, ¿te habría elegido libremente cuando salía del convento; y si lo hubiera hecho sería, sin el sufrimiento, la mujer que te debe su sér?

—Por todo eso pienso que es fuerza pagar nuestra deuda, y pagarla como dices en afán de competir, en voluntad de ayudar. Y á pesar de todo, tengo miedo. Nosotros no tenemos ni celos del pasado ni remordimientos del presente, pero ¿no sientes en lo porvenir, como una fatalidad acreedora de dicha?

—No siento nada. Me creía muerta ya cuando nací del caos y vivo ahora. El destino puede pedirme el precio de esta vida. Pagaré.

—Sí, ciertamente, la claridad que irradia del amor nos hace ver en el mundo reflejada por todas partes nuestra fácil bondad y decimos: «pagaré» como el deudor que cuenta con las indulgencias de su acreedor. ¿No temes pagar muy cara tu dicha si el precio de ella resulta ser tu dicha misma?

—No la puedo perder por completo. Habiéndola tenido, guardaré de ella memoria eterna. Tengo bastante felicidad para narcotizar con ella los sufrimientos que me vengán, porque no vendrán de tí, y el amor inmutable desafía á la suerte.

—Pero el amor es también el hijo en quien se prolonga.

—Y bien! Lucharemos por el hijo! Aceptaremos por Claudia y con Claudia el destierro, el recurso supremo en el cual esperamos los dos encerrar el secreto de nuestros corazones. ¿Quién sabe si no nos venga de la niña el valor que me ha faltado por tí y que te ha faltado por mí. Vivamos. Este es el único precio que hasta ahora se nos reclama.

En efecto, solo vivir se necesitaba, pero esta manera de pagar que parecía tan fácil, es la que les reservaba ¡ay! desgarradora sorpresa.

Domingo no era un padre demasiado exigente, y sus primeros actos de autoridad sobre la niña ueron dulcificados en el curso natural de las co-

sas, por la voluntad tranquilamente imperiosa de la madre, pero ya se veía, sin embargo, que el dominio legal no sería abdicado por Domingo, que aplicaría una voluntad enérgica á preparar el espíritu de Claudia con vista de los destinos á que debería empujarla su ambición egoísta de amor. Como era de suponerse, desde luego surgió un desacuerdo mudo pero formidable, entre él y los que teniendo no más que derechos metafísicos se proponían como único designio un perfecto desarrollo del alma de la niña, por la niña misma; y este desacuerdo era más doloroso para Puymaufrey, cuyo corazón paternal ansioso de ofrecer las delicadas protecciones del amor, hallaba que la sociedad implacable lo rechazaba con la espada justiciera de la ley. Pero esto en los primeros años no fué todavía sino torturadora aprehensión en vez de herida real: Clara estaba allí y eso bastaba.

Seis años de dicha, seis eternidades que se transformaron en seis relámpagos al llegar el temido vencimiento del plazo. El acreedor que se presentó fué la muerte. En tres días Clara, desplegada en belleza soberana de amor, fuerte en su desbordante ansiedad de vivir, reflejando en las luminosas profundidades de su mirada absorta la divina alegría de ser, cayó á la tumba, término y fin de las venturas de la tierra.

Domingo en esos días había partido á Noruega para hacer unas compras, y en consecuencia Enrique pudo entregarse sin freno á las demencias del dolor. Tres días cuyos instantes deberían quedar prendidos en cada fibra de su carne, tres días de indecibles martirios entre fugaces esperanzas, tres días de heroicos combates acabados por la derrota eterna. Archambaud y Naneta desesperadamente obstinados, no sirvieron más que para prolongar el suplicio de la doble agonía; y Enrique, con los ojos huraños, lanzando relámpagos de muerte en vez de miradas, esperaba con gestos de alucinado, con entonaciones de voz contrarias al significado de las frases, el desplome de un ensueño que caía del deslumbramiento al abismo. La moribunda en su delirio solo expresaba un pensamiento, un deseo, una voluntad:

—Enrique, Enrique, es necesario que vivas, que vivas por mí, que vivas para Claudia.

—Vivir, vivir. . . .! murmuraban con el último aliento sus labios, secos, pálidos y convulsos.

Y cuando cesó la invocación á la vida, la muerte había sellado para siempre la boca de Clara.

El dolor carece de palabras y el corazón de sollozos cuando viene el desastre irreparable; es la tumba la tentadora de los caídos, la que le brinda el consuelo de la infinita paz. Enrique sintiéndose muerto, no pensaba más que en morir; y en su embrutecimiento le parecía que los ojos de Clara le hablaban de la eternidad. . . .

Cuando supo que Domingo estaba en camino para Santa Radegunda, le sacudió un sobresalto terrible. Eso era demasiado, se hacía preciso partir y partió, conducido por Naneta, á Milán donde en la época feliz pasó algunos días con Clara.

El atrío bizantino de San Ambrosio, le produjo una crispación de dolor que terminó súbitamente por una explosión de lágrimas.

Allí había estado muchas veces con Clara, soñando en alta voz, con las manos enlazadas y los ojos felices.

Diariamente pudo llorar allí, encontrando en el alivio de los sollozos sensaciones de vida. Iba á sentarse antela serpiente de bronce de Moises que debe un día saltar de su columna para anunciar el fin del mundo. En otros días sentados en ese mismo banco ella y él, desafiaban con una sonrisa tranquila al inmóvil guardian del gran secreto de las cosas. Y he aquí que la serpiente no había saltado aun, y el fin del mundo había llegado! Todo es mentira en la tierra. En vano se obstinan los ojos buscando en las volutas del bronce, en las piedras, huellas de una mirada querida. El cielo mismo permanecía sordo, y las mismas preguntas sin respuesta volaban en el aire hasta que en medio de sus arrebatos de rebelión contra el universo, vino el agotamiento de la crisis como alivio del pesar.

—¿Y la niña? dijo un día tímidamente Naneta.

—Te comprendo, respondió Enrique, estoy pronto, partamos.

Como no hay personas melancólicas de seis años de edad, Claudia estaba riendo de un modo que contrastaba con su traje de luto, cuando llegó su padrino. Este fué un golpe cruel para el corazón de Enrique ¡ay! pero no fué el último.

Un tanto capriciosa pero buena y regocijada, Claudia mezclaba á sus afectuosas ternezas arrebatos de rudeza desconcertadores, en tanto que Puymanfray estremecido por su inagotable dolor

buscaba á la muerta en el alma de la niña, flo que brotaba del derrumbamiento del mundo. Convencido de que necesitaba vivir para Claudia que era tanto como vivir por Clara, aceptaba el sacrificio de seguir viviendo para prolongar su amor más allá de la muerte y prolongar á la muerta en la viva.

En el rostro móvil de la chieuela, buscaba los reflejos de la dulce gravedad de su madre y pretendía por obra de su propia imaginación, hallar en los rasgos fisonómicos la semejanza necesaria para el parecido de las almas; y se encaprichaba restituyendo actitudes, expresiones de voz y obstinándose en una resurrección imposible. Los ojos, los ojos sobre todo le causaban un tormento constante y agudo. La *Catalina Cornaro* del Ticiano en Florencia tiene los ojos de tan extraño color que los innumerables pintores que se atarean copiándolos, los hacen grises, azules ó pardos ante el modelo único é invariable. Vistos de cerca tienen reflejos inciertos que colora de diferentes modos la luz según la hora. Así eran los ojos de Claudia, fugaces, inconstantes, bajo el doble arco de sus cejas disparando la flecha penetrante. Nada de la límpida serenidad de aquel mirar que con Clara se extinguió para siempre; ningún confiado abandono, y sin embargo á veces en las cambiantes pupilas pasajeras claridades de un verde diáfano en que temblaban transparencias del alma de la madre. Enrique febricitante devoraba esas miradas instantáneas y caía de nuevo en la noche; pero en esa noche misma, la muerta, con obsesora luz, irradiaba en él por la fuerza incontrastable del amor.

Y queriéndola ver en Claudia alegre y móvil, se obstinaba en arancarla del más allá ultraterrestre y en hacerla revivir en la hija de su corazón. Perpetua voluptuosidad, perpetua tortura de una vida concentrada en el loco esfuerzo de convertir en realidad un sueño.

¿Y qué medios de acción desarrollados sobre la inconsciente criatura, que, en la expansión anhelante de su vida, no podía saber nada ni comprender nada al recibir con asombro los contragolpes de lo invisible!

Puymaufrey se hizo amar de Claudia á fuerza de amor, pero el padre legal se había instalado en el corazón que el intruso legítimo quería disputarle. Domingo, prontamente consolado no sentía ni pensaba más que con relación á su industria, para la cual Claudia era una carta de su baraja y no la menor. En ella se fijaba el plan de atraer un matrimonio aristocrático digno coronamiento de una vida laboriosa, sirviendo para esto de incentivo la gran suma de poder y riquezas acumuladas por el industrial. Harlé quería preparar de antemano para este elevado porvenir el espíritu de la niña y todo en su educación fué metódicamente previsto y encaminado á su propósito. Teniendo necesidad de hablar de sus ambiciones, hacía á Enrique la confianza de ellas martirizándolo con el relato de mil proyectos en que la niña no aparecía sino como un instrumento de prosperidad. En vano Enrique objetaba sobre el respeto á la voluntad y á las indicaciones de Claudia.

—Eso me concierne; respondía el industrial. Ya verás como yo sé preparar la masa humana para el molde que me convenga, igual que preparo la pasta fibrosa para el papel. Puymaufrey sentía á través de su pecho la espada que después de clarearle iba hasta el corazón amado de la muerta. Le asaltaban furiosos arrebatos de defender á toda costa á su hija, su amor, su resucitada, contra la empresa infame. ¿A qué precio? No importa; era necesario luchar. El amor sería más fuerte que las mentiras del mundo. Y el infeliz padre se ingeniaba en habilísimas maniobras para salvar á su hija *del otro*. De pronto era necesario lisonjear á Domingo para ganar su confianza y así lo hacía, cosa grata para el industrial puesto que en sus cálculos el Marqués de Puymaufrey era un factor importante como padrino de Claudia. Así pues aparentaba á veces convenir con él sobre los puntos más insignificantes pero á condición de no ceder en nada de lo fundamental. Después de alguna batalla consintió en renunciar á las ventajas sociales del convento; pero Puymaufrey que había sentido la muerte al solo pensamiento de ser separado de Claudia, vió venir en clase de aya enviada por los buenos padres Jesuitas á una señora que, debidamente atrincherada tras de la autoridad paterna, comenzó por fomentar la rebelión contra "las ideas del padrino." Las ideas del padrino eran abrir el corazón de la niña á las sensaciones de la verdad y la bondad, á la compasión de los seres, á los

sentimientos de benevolencia humana que provocan el noble arranque de la caridad. La voluntad de Harlé era hacer de su hija una potencia formidable á su disposición.

Es verdaderamente artístico, con los nombres de abnegación y sacrificio evocar sentimientos perfectamente distintos de los que deben designar esos vocablos. ¿Que cosa más banal que la repartición de caridades y qué cosa más rara que el auxilio desinteresado, sin esperanza de recompensas divinas ni deseo de alabanzas humanas? Una caridad administrativa de la Iglesia ó del Estado, poniendo á cada cual en regla según las fórmulas convenidas, se convierte en excusa de las ferocidades del egoísmo librado así de todo embarazo.

Contra la enseñanza desnudamente realista que desde la infancia tuerce el alma más bien inclinada, Puymafray procuraba levantar aquella conciencia joven y precaverla, menos por doctrina que por la rara alegría de transmitirle algo de su propio corazón. Sin embargo, lo alarmaba en la niña el desenvolvimiento *del yo*, primero instintivo y más tarde favorecido por la educación de *clase*, que establece la absorción ó nulificación del dominado por el dominador.

Claudia, juez fatalmente parcial escuchaba las discusiones de que era objeto, y en ellas todos revelaban las mismas intenciones en bien suyo pero ¡por qué diferentes caminos!

Nadie se atrevería á recomendar en términos precisos la indeferencia á las miserias de otro. La semilla del egoísmo no tiene necesidad de riego. Y en tanto, las sublimes fórmulas del Evangelino representan nada para el niño fuera del hábito correspondiente que debe formar las costumbres morales. «Procura ser buena, Claudia, y ama á tus semejantes que nacieron para sufrir mientras tú naciste para todas las venturas.» ¿Qué efecto puede producir este discurso, ante el perpetuo espectáculo de miserias que podían aliviarse y que no se alivian jamás? Una palabra seca de repulsa durante la premura de los negocios, un gesto de disgusto á los seres sórdidos que parecen venidos de otro mundo, la voz general de «yo no puedo socorrer á todos» que comunmente expresa más desfallecimiento de la voluntad que impotencia, llegan muy léjos en el alma atenta de los niños. Y si la lección de hechos es diaria y á todas horas ¿qué importa el martilleo de las palabras piadosas? ¿Qué puede resultar sino el engaño y la hipocresía frente á frente de nosotros mismos, que nos hace tomar por nuestra propia imagen en el espejo del mundo, la máscara que nos disfraza para la comedia universal?

Hace falta que una empresa general de reforma utilitaria, se dedique á moderar en la conciencia humana nuestros deberes para con las multitudes agobiadas por la miseria.

A despecho de la falta de penetración inherente á su edad, Claudia sentía sobre su voluntad que se ejercía un poder. Su padrino á quien amaba, le hablaba de su madre desconocida, de la que nadie más pronunciaba el nombre delante de ella, y le asustaba un poco la vaga conciencia de que había una alma sola en tensión de resistencia contra el resto del mundo. Y el resto del mundo, era la señora María Teresa con sus dulces palabras de adulación, era Harlé, temible para otros y prodigo para ella en halagos de la vanidad en todo tiempo seductores.

Puymafray la veía crecer: y encontrando que cada día había más mirar de la muerte en los ojos de la viva, esperaba la edad de la razón, como si la razón nos guiara en vez del sentimiento que es el que nos encargamos de falsear!

El sufrimiento formó el alma de Clara, pensaba Enrique, y el sufrimiento no faltará aquí. Pero olvidaba que Clara con todo y su rebelión contra las vulgares tendencias del mundo, había pecado con su amor lo mismo que él.

Quedaba el recurso de lo desconocido. En las horas de ansiedad y de duda, Puymafray invocaba lo desconocido.

La joven ahora había reemplazado á la niña y Claudia Harlé que se conocía bella y sabia que era rica, veía desde muy alto el universo. Contenta de vivir, orgullosa de su vida, tomaba posesión del mundo y le agradaba tal como es puesto que así le iba bien.

Apesar de todo, cuando era excesiva la atracción, exterior no la dominaba la segunda naturaleza venida de la educación, sino que estaba pronta

la reacción de si misma hacia el fondo de su bondad natural. El contraste de estas bruscas alternativas era para Puymafray al mismo tiempo motivo de profundas tristezas y alentadoras esperanzas.

Acompañada de la Sra. María Teresa, Claudia hacía frecuentes viajes á París donde los negocios y todavía los placeres llamaban á Harlé. ¡En qué angustias vivía el solitario durante ese tiempo! Todo se le escapaba entonces, y los regresos á Santa Radegunda no le traían de seguro más que desagradables sorpresas. Pero ¿cómo quejarse de lo que constituía las alegrías de la juventud? Habría sido tanto como enagenarse para siempre el corazón mismo que trataba de conquistar y guardar. Las visitas, las travesuras, las charlas de inocente depravación de una juventud precoz; el teatro con los comentarios frecuentemente peligrosos que promueve, los Padres Jesuitas y sus benditos consejos, se partían la vida feliz de Claudia. Todas estas cosas le parecía que tenían (y la tenían en verdad) una armonía maravillosa. Solo el padrino desafiaba. De vez en cuando una carita de la ahijada le hacía saltar en su sillón hiriéndole con una palabra cándidamente escapada, que á él, parisiense experto, le atormentaba hasta la desesperación porque conocía la pendiente á donde se va por ese camino. A veces él iba también para «tomar su parte de placeres» y ¡qué amarguras le costaba!

Harlé no tenía escrúpulo en llevar á su hija á casa de la bella Vizcondesa de Fourchamps, que ennoblecía por el matrimonio y que con veinte mil libras de renta al casarse, llevaba, aun en vida de su marido, un tren de cien mil francos ó más por amistad del famoso Baron Oppert. A las primeras observaciones de Puymafray, lo dejó mudo Harlé contestándole:

—Pues allí encuentra mi hija á tus parientes, á tus amigos á los nombres más distinguidos de Francia. No hay salones más bien concurridos. Y era verdad. Un baile blanco en casa de la Vizcondesa, era el punto de cita de la flor y nata de la inocencia y de la juventud doradas: y á causa de una reunión de estas, fué la triste plática de Naneta y de Puymafray con que dimos principio á nuestro relato. Lo peor es que el padrino sentía que Claudia y Harlé estaban en abierta rebelión contra el y de allí su martirio, su angustia, el desaliento anticipado de la derrota y la resolución de hacer esfuerzos supremos para salvar en su hija lo que podía quedar de Clara. Basta de gemir, basta de esperar: Santa Radegunda lo abandonaba y resolvió ir á Santa Radegunda.

III

Puymafray, la frente azotada por la brisa, al trote largo de su caballo, se lanzó á la batalla. En los setos, en los árboles, en las piedras del camino, cuántos aspectos familiares de la infancia, cuántos recuerdos de vida mejor convertidos ahora en cruel tortura! Todo le hablaba de Clara. Por allí había pasado ella. Algo de su ser había quedado en esos troncos viejos y retorcidos que gemían al soplo del invierno. . . . ¡dolorosos amigos de los días gratos, que caían uno por uno al golpe de los años ó bajo el hacha del leñador!

Un sufrimiento nuevo, una especie de encarrizamiento de la tumba contra él, antes de ofrecerle la suprema consolación!

—Pronto llegará mi turno. cada hora que se abisma me hace dar un paso más en el camino hacia la paz soberana.

Cerca de las primeras casas el Marqués acortó el paso de su cabalgadura. Más allá de las blancas murallas, de las altas chimeneas y de los techos rojos, brillaba á través de los vergeles, como cíngulo de plata, el río en la campiña desnuda. Los elevados aleros rojos de los talleres limitaban la ancha calle en que, como soldados en formación estaban alineadas iguales y rígidas las chozas de los obreros. Simétricas murallas albergaban extraños ruidos y ocultaban á las miradas la dura labor, la lucha por la vida de que se envanece tanto el progreso actual. En fin, el castillo moderno de ladrillo y piedra, con voluminosas iniciales doradas en las rejas de hierro, aplastaba todo con su masa pomposa. La morada burguesa se ostentaba enorme, triunfal en su rusticidad pretensiosa como una declaración muda de plebeyas ambiciones.

El parque inmenso con sus grutas artificiales y sus cascadas obligadas, separaba completamente

de la mansión señorial, el sitio á donde se acumulaba la colmena obrera. El contraste había en otros tiempos pasado desapercibido para Puymafray; pero ahora que la desgracia reinaba en su corazón le llamó á humanitarias reflexiones.

—Buenos días, padrino, dijo una voz gozosa. En estos momentos hacía yo enganchar á *poney* para ir á almorzar con usted.

—Los viejos se anticipan á los jóvenes en estos tiempos, dijo riendo el padrino, y dulcificó su reproche con un cariñoso beso.

—Papá está en no sé que negocios en la fábrica. Le propongo á usted un paseo a San Albino; tenemos dos noras disponibles.

—Vamos.

—Claudia estaba encantadora bajo su toquilla de pieles, oprimiendo sus formas impacientes con una chaquetilla de pano azul y una falda sin adornos.

A no ser por la cara demasiado parisiense, ostentaría la amable jovencita una sobria elegancia. ¿Por qué las mujeres de París quieren parecerse todas? ¿Y por qué las mujeres de provincia tratan de copiar el modelo? La imitación de la belleza por medios artificiales, es comun á todos los tiempos. Las atenienses de Pericles, las venecianas del Ticiano, ponían gran cuidado en pintarse con los mismos colores. Los caprichos del gusto masculino han alentado la uniformidad de esas mentiras. La efusión de rizos falsos que casi llegaba hasta la naricilla móvil de Claudia, daba al rostro juvenil una expresión de dureza que le sentaba mal. Puymafray sorprendido por esta nueva fantasía de su hija, sintió acrecer su dolor observando los ojos volubles, la sonrisa y las inflexiones de voz que acentuaban este nuevo cambio.

—¿Qué vamos á hacer á San Albino? preguntó.

—A ver al hijo de un arrendador que ayer se tronchó los dedos en la sierra.

—Pienso que se le habrán enviado ya todos los auxilios.

—Así lo creo. Mi padre ha cuidado seguramente de hacerlo. Esas gentes no carecerán de nada pues cumplen escrupulosamente sus deberes religiosos.

—¿Y si no los cumplieran?

—Estarian fuera de la ley. Papá quiere que se concurra á la iglesia.

—¿Y qué piensas tú de eso?

—Iría de todos modos á verlos como voy ahora y les daría algún socorro porque están en la desgracia, pero reconozco la justicia que asiste á papa: esas gentes necesitan el freno de una religión.

—¿La de él?

—Oh! ¿La suya? El cumple sus deberes y es bastante. No se les pide más.

—Ni se les dá.

—No lo sé. Yo lo que he aprendido es que Dios ha hecho dos clases de hombres: los ricos y los pobres; y que tenemos el deber de mantener á nuestros inferiores, en la práctica del culto que les enseña la sumisión y á pasar por las pruebas del infortunio.

—Se creería oír á Domingo en persona. Como es de los *superiores*, se conforma con que pasen por las pruebas los demás.

—Cuidado, Padrino, con zaherir á papa! El es muy bueno. . . . y usted también.

—Y tu también y todo el género humano! Lástima que apesar de todas esas bondades haya tanto mal sobre la tierra.

—No tanto como pudiera parecer, padrino. ¿Cree Ud. que los obreros de la fábrica son desgraciados? Mi padre les da la vida dándoles trabajo.

—Y ellos dan también algo en cambio ¿no es así?

—Y así debe ser, puesto que somos *superiores*.

Por otra parte, papá trabaja también y mucho. Usted es un anarquista, padrino, y oyéndole hablar ninguno creería que fué usted zuavo del Papa.

—Ay hija! No lo hice al propósito.

Abandonaron el camino para entrar en una senda de travesía practicable por haberse solidificado la nieve. El bosque, salpicado de escarcha, dificultaba el tránsito, se defendía del hombre y de la bestia hambrienta, arrojaba al espacio á los pájaros y ocultaba bajo un manto de hielo el misterio de los reverdecimientos futuros.

Continuará.

PAGINAS DE LA MODA.

Breviario de la mujer elegante.

CONÓCETE Á TÍ MISMA.—ESPEJOS ENGAÑOSOS.

Conócete á tí misma, he aquí una de las bases de la moral; esta es también una de las bases de la elegancia distinguida. Conocerse bien así misma físicamente es cuando menos tan raro como conocerse bien moralmente. Hay poquísimas mujeres que no se hagan respecto á su persona extrañas ilusiones, ilusiones que algunas veces me confunden de asombro. Y no hablo solamente bajo el punto de vista de la belleza. A este respecto casi todas somos más ó menos ciegas. Y aun añadiré, á riesgo de asombrar mucho á nuestros señores y amos que critican tanto nuestra coquetería, que ellos se ilusionan tanto como nosotras si nó es que más, respecto á sus deducciones. Tal ó cual hombre escualido, se imagina tener un torso hermoso.

Otro casi calvo, se cree aun provisto de un abundante toison.

La coquetería natural de las mujeres, las galanterías que se tienen para con ellas, aumentan sin duda esta ceguera natural. Así pasa que mujeres de una gordura feoza, se creen aun esbeltas. Se ven otras excesivamente flacas que no vacilan en ponerse un escote inmenso sin advertir que no tienen otra cosa que exhibir que profundas quedades ó salientes poco graciosas.

Pero la ilusión más común es, la relativa á la juventud. Todas las mujeres conocen su edad: han contado esos terribles años que poco á poco han visto desaparecer sus encantos, han empalidecido sus mejillas y extinguido el brillo de sus ojos. Y sin embargo, generalmente serias ante el espejo no perciben la horrible pata de gallo que se fija sobre sus sienes á la menor sonrisa, ni las líneas que marchitan los párpados ni los surcos de las mejillas, ni los estiramientos angulosos de la boca, envuelta por otro tiempo en finos y coquetos modelados.

Por último: conozco algunas que no ven ni siquiera que el esmalte de sus dientes se altera, que su barba pierde la

morbidez, que su tez pierde el matiz y toma tonos de madurez, esos tonos de ocre alrededor de los ojos y de los labios, uno de los más desagradables síntomas de la vejez. Así pues repito: si se quiere permanecer ó ser bella, si se quiere vestirse con distinción y elegancia, la primera condición es: conocerse á sí misma, es decir, no se hagan ilusión alguna sobre el estado de su rostro y las proporciones de su persona.

Cuando os mireis en un espejo, acordaos de que ese espejo, sea cual fuere su limpidez, no refleja más que la mitad de los rayos luminosos.

Hay otros espejos que engruesan, otros que adelgazan, otros que alargan. Es en consecuencia muy justo decir que los espejos son engañadores.

Así, un traje en uno de ellos, parece engrosaros y otro traje parece adelgazaros. Podeis engañaros así mismo sobre el valor de un drapeado ó de una garnición, como sobre la forma más ó menos ventajosa de un corsé. Vuestro primer cuidado será pues asegurarnos de que vuestros espejos son perfectos, de que no son ni azules ni verdes ni amarillos, sino absolutamente incoloros y que reflejan exactamente las dimensiones de vuestro cuerpo. Hay un medio de asegurarnos de la exactitud de esos reflejos y es presentar al cristal vuestra mano á lo largo, de través, de perfil y estos experimentos aclararán perfectamente vuestras dudas acerca de la excelencia de vuestro espejo.

Es fuerza que presentada de sesgo vuestra mano, no se alargue más de un lado que de otro; y como á la simple vista podeis comparar todas las dimensiones os asegurais por medio de esta comparación de la mayor



Fig. 1. Sombrero Stelka.

ó menor exactitud del efecto producido. Para reunir la elegancia y la distinción se adquieren sin duda pe-



Adorno para vestido de baile.

ro llevando una dosis de reflexión á todos los actos y el gusto puede, por el estudio y la comparación atenuarse, seleccionarse, para servirnos de una expresión muy en boga en la actualidad.

Ahora bien, el fin de estos artículos es demostrar que sin un desequilibrio grande del dinero, por reducido que sea éste, se puede alcanzar la alta elegancia por el arte aplicado á la toilette de las mujeres, como á la decoración de sus departamentos, que se puede así, como un escultor con la arcilla, ó un pintor con los colores de su paleta: llegar á componer obras maestras de gracia, de belleza, si se poseen las nociones artísticas de la línea y del color.

CONSEJOS PRACTICOS.

Una gran señora tan virtuosa y bella en sus ochenta y cinco años, como lo fué en su juventud, consigna en su precioso libro de memorias llamado poéticamente «Crisantema» la máxima siguiente: «La coquetería de la vejez, es una santa coquetería, porque ella consiste en tomar más cuidado con su persona para no desagradar que los que, la juventud se toma para agradar. Todas las señoras de cierta edad deberían copiar la toilette de esta recomendable señora en vez de tomar por modelo figurines para personas de pocos años.

«Llega una hora, dice esta ilustrada señora, en que cada mujer debe vestirse á su modo, si no quiere faltar á la dignidad de sus años, siguiendo con exageración la moda»

«Este es pues todo el secreto de estar siempre bella y agradar á todos hasta el fin.»

La inteligente señora, de una bondad, de una generosidad y de una gracia exquisitas, encontraba su felicidad en proporcionar á los otros la alegría; en valorizar las más pequeñas acciones de aquellos á quienes amaba, sin ver jamás el lado defectuoso. Su frente pura guardaba las más nobles ideas; y aun cuando sufriera, su sonrisa era siempre tan dulce como penetrante. Tenía sus cabellos blancos, que ligeramente empolvados, le daban cierta semejanza con las encantadoras da-

mas del pasado siglo. Vestíase con una rara elegancia, sin dispensarse del todo de lo que las mujeres de su rango usaban.

Había sido una de las más lindas mujeres de su tiempo, pero nunca había rendido un culto ciego á su hermosura. En su juventud, su pensamiento siempre estaba adherido á un ausente amado con delirio: al esposo siempre lejos y siempre en peligro. La vejez no había atemorizado ni menoscabado esta valiente naturaleza, porque ella sabía soportar bien las penas; y los años le habían dado un donaire atractivo á la vez que imponente. En su mirada y en su frente, se reflejaba la pureza de sus pensamientos, lo cual describía en su derredor la aureola de la mujer fuerte, virtuosa y amante.

Esta es la coquetería que la mujer debe tener hasta el fin.

Una mujer entrada en años debe pensar en atraer los corazones y no las miradas, un correcto y aseado traje les dará mayor atractivo que los oropeles deslumbrantes.

En los últimos años de la vida se recoje el fruto de aquellas semillitas sembradas en la juventud.

El gobierno de una mujer.—Le pedían á Milton que explicara la razón de que en algunos países pueda el rey ceñir la corona á los catorce años y no pueda casarse hasta los diez y ocho.

«Porque es más difícil, contestó el poeta, gobernar una mujer que un reino.»

ADORNO PARA VESTIDO
DE BAILE.

Este consiste en tres plises que forman Jockey á cuadros sobre el brazo.

Gran chaux de muselina de seda adorna el escote, y sobre el jockey descansa una hombrera de encaje.

TRAJE DE TERCIOPELO CON
APLICACIÓN DE BORDADO.

Es todo del mismo género. Falda absolutamente lisa y cuerpo en forma de corsete con grandes bordados á derecha é izquierda, y tres hermosas guías en el centro y sobre los hombros. Manga ligeramente chifoneada en la parte superior, con apéndices bordados de pequeñas bellotas. Cuello de guipure con aplicaciones bordadas.

CUERPO BLUSA PARA BAILE

Este es un talle de seda rojo. Espalda lisa cubierta por fino encaje que viene á terminar por tres puntas que adornan el delantero sujetándolas una bellísima pasamanería de fantasía.

Basca ondulante sujeta por cinturón de fantasía. Una pequeña banda sujeta el talle sobre el hombro en forma de manga.

BLUSA CRUZADA DE TAFETÁN CON MANGAS
PLEGADAS.

Esta blusa ligeramente obscura, es para jovencitas de diecinueve años y encantadoramente sencilla.

Está hecha de tafetán escosés rayado á grandes cuadros, y recogida en la línea del centro por una banda de bordado.

El cuello tiene también una sencilla aplicación de bordado, y las mangas de satín liso, se pliegan á todo por una cinta bordada igual á la de la blusa. Elegantes apéndices en las hombreras.

ABRIGO DE BEBÉ.

Es para niño de cuatro á cinco años. De paño amazona *Lucifer* con gran cuello y bajos de mangas de mongolia blanca ó chinchilla. La espalda tallada de una sola pieza y el frente cerrado sobre el pliegue del medio, están montados á pliegues redondos.

GRUPO DE CUELLOS Y FRENTES DE CORPIÑOS.

Es un hermoso grupo de prendas coquetísimas, todas de batista con bordados de bruselas.

Llamamos la atención de nuestras lectoras sobre la corbata que aparece á la derecha del dibujo y que es de un modelo elegantísimo. La que aparece al pié de la primera es más sencilla aún y más hermosa con su gran orla bordada.

En cuanto á los cuerpos que constituyen la parte principal del grupo son elegantísimos, recogido el primero sobre el pecho por un lazo de seda, cercado el segundo por una aplicación del acordeón con volantes á ambos lados.

PABELLON PARA LECHOS.

Sobre la cabeza del dosel que corona el gran lecho, se tiende un prolijo bordado cordoncillo de seda todo, sobre satín ocre. A los bordes, motas de seda roja, que forman un fleco muy hermoso.

Este pabellón simuladamente se detiene por dos grandes lazos de terciopelo rematados por florones de lo



Traje de terciopelo con aplicación de bordados



Blusa de tafetán con mangas plegadas

mismo, y fleco acordonado de seda, de los cuales caen los grandes cortinajes del lecho.

Este, en conjunto, está representado en la figura y



Abriego de bebé.

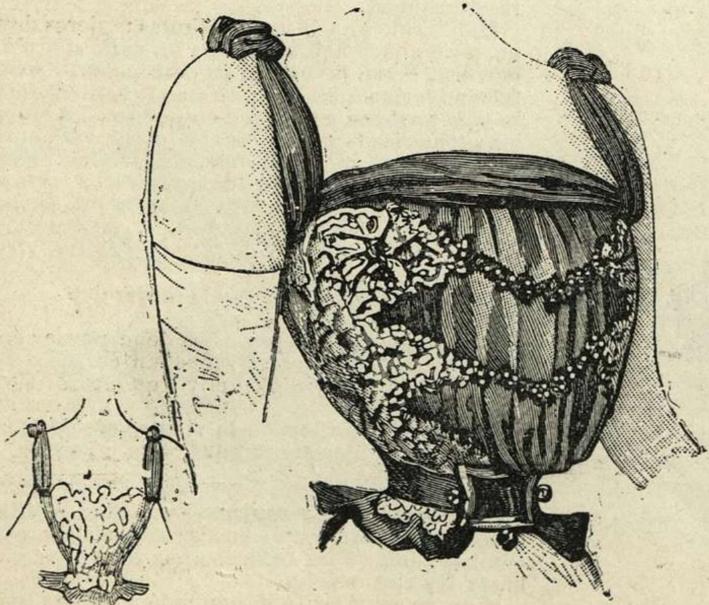
es de una primorosa elegancia. El respaldo forrado de seda ocre también con grandes espigas bordadas

NUESTROS GRABADOS

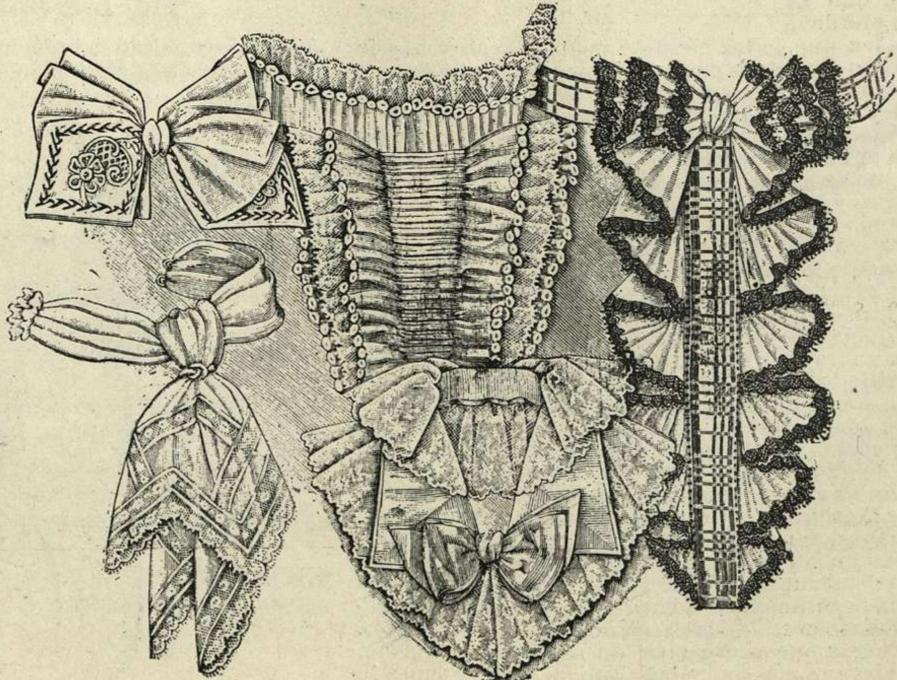
SOMBRERO ETELKA.

Fig. 1.—He aquí un precioso sombrero que está en grandísima boga en París en estos días. Está hecho en fieltro delgado, completamente redondo, con la falda levantada ligeramente en la parte posterior. Alrededor de la copa, hay un chifon de raso negro brillante, recogido hacia la izquierda por un gracioso pliegue del mismo y un broche sencillo.

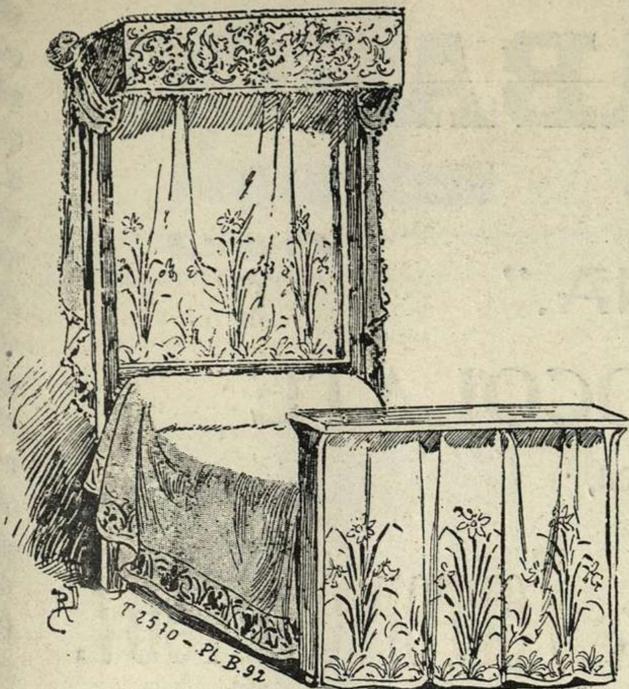
De la copa absolutamente plana, surge un lazo del mismo género recubierto por hojas de parra que producen un primoroso efecto.



Cuerpo blusa para baile.



Grupo de cuellos y frentes de corpiños



Cama con pabellón.

que hacen pendant con las realzadas en el pié de la cama, sobre el bastidor vertical.

Este lecho es una preciosidad en una alcoba elegante.

CHORRERA DE MUSELINA DE SEDA.

Esta chorrera de muselina de seda marfil, se compone de dos pedazos, puesto el uno sobre el otro; el pedazo inferior tiene la forma de un triángulo, el pedazo superior algo más corto, está cortado en su borde en dos picos. Los dos pedazos adornan en su borde inferior con encaje y ruches de muselina de seda; se frunce el borde superior, se le une á un listón de raso blanco, que tenga 6 centímetros de ancho y 1 y medio delargo cubierto con un bordado, lo mismo que el medallón formado por el lazo bordado con lentejuelas. La parte de listón que forma cuello está guarnecida de ruches de muselina de seda y se abrocha bajo un nudo.



A.—Broche de diamantes

JOYAS PARA REGALOS

Estan muy de moda algunas cuyos modelos ofrecemos en estas páginas.

A.—BROCHE DE DIAMANTES.

Es de una elegancia suprema: una simple flor de lis: la flor heráldica! de plata, con veintitrés pequeños diamantes de las más puras aguas.

Usase lo mismo para alfiler de corbata de caballeros como para broche de cuello en las señoras. Muy solicitado.

B.—Goza de gran favor esta aigrette de diamantes. Sobre la mitad de un caliz de margarita explende un gran diamante que simula el broche de la flor y en los intervalos de las hojas, fingiendo pistilos deliciosos, surgen guias de oro fantaseadas con brillantes. Sobre la frente de una dama y en toilette de baile es de un aspecto primoroso.

C. Reloj para dama, de acero esmaltado, de azul con una corona dibujada en blanco y una hermosa alegoría en el fondo. Circunscribiendo el anverso una línea de pequeños diamantes.

Tan hermoso como el anillo es el broche gran flor de plata niquelada alternando con plata lisa, con un



C.—Reloj para dama.

apéndice niquelado que es el quese fija en la argolla. Este lleva por solo adorno un brillante.

D.—Algunas sortijas todas de última novedad. De oro labrado; la primera con tres brillantes, mayor el del centro, la segunda con dos brillantes y un zafiro y con un rubí y dos brillantes la tercera.

Hasta ahora estas piedras montábanse en oro liso, en la misma forma que en la actualidad, y con oro decreciente. La única variación por hoy es la montadura.

CIFRAS PARA PAÑUELO.

Damos hoy una colección de combinaciones nuevas de cifras para pañuelos, sumamente elegantes. En ellas pueden alternar todas las sedas de colores, á condición de que se elijan habilmente. Hay combinaciones alternadas de blanco y rojo, de rojo y lila, de azul y blanco, etc.

Dos séres perfectos.

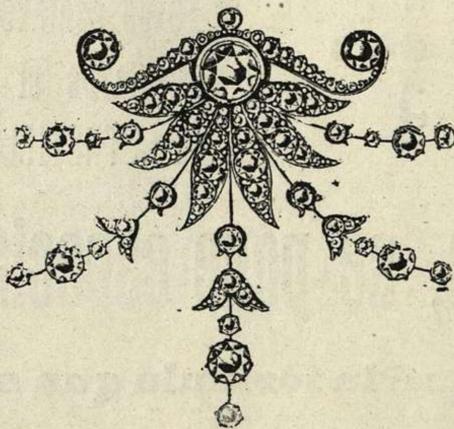
Una mujer de encantadora belleza, como una ninfa, con unos grandes ojos dormidos como una nayade, ha sido encontrada en las selvas del Brasil, en un punto completamente apartado de la civilización humana. Con la inocencia de Eva antes de su caída, y lo mismo que ésta, se alimenta como los pájaros, con los variados frutos que la mano del Creador ha puesto en esas selvas virgenes, ó bien con pescadillos que abundan en los arroyuelos de esos parajes.

Admirados se han quedado los descubridores de esta mujer perfecta, y no han tenido más nombre para ella que el de Eva.

En unas selvas vecinas se encontró al tipo varonil perfecto, este Apolo de los bosques hubiera podido servir de modelo á los grandes escultores de la antigua Grecia.

Igual á su compañera vaga errante, y se alimenta de la pesca y de la caza.

Pero lo más admirable de estos dos séres, es su prodigiosa inteligencia.



B.—Aigrette de diamantes.

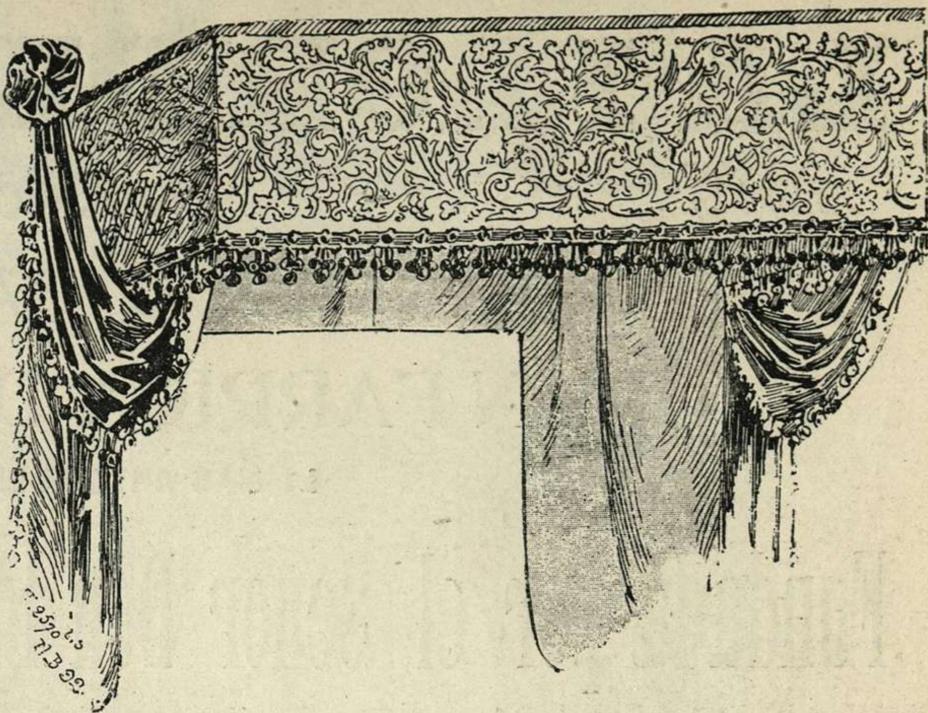
Privaciones de una reina

El Consejo de regencia de los Países Bajos ha deliberado muy larga y seriamente sobre si convenia que la joven Reina Guillermina montase en bicicleta.

La Reina tiene pasión por este sport y su gusto sería pasar la vida pedaleando.

En el último viaje que ha hecho al extranjero pudo entregarse con mayor libertad á los ejercicios y goces del ciclismo, que ahora le cuesta trabajo abandonar.

Compró en Viena una máquina del mejor modelo y



Pabellón para cama.

regresó con ella á Holanda. donde se prometia usarla á diario. Pero la regente sintió escrúpulos que la obligaron á consultar al consejo de la Regencia, el cual ha decidido que la reina Guillermina debe sacrificarse en obsequio de su pueblo y arrinconar la bicicleta.



Chorrera de muselina de seda.

ó la comida siguen á la ceremonia, pues en noviembre á las cinco ya ha obscurecido.

La familia de la novia es quien paga las tarjetas; el novio paga el carruaje, y se acostumbra que obsequie á la novia un ramo nupcial. Por lo regular, es la familia quien provee de ramilletes á la novia; no obstante, se mirará como galantería del novio que lo haga él. ¿Por qué no ponerse de perfecto acuerdo con la familia de su novia en cuanto á los gastos, así como para cualquier desembolso dudoso?

RECETA PARA LOS DIENTES.

Vuestro aliento es un poco fuerte y este mal olor os desagrada, para hacerlo desaparecer cepillaos los dientes á mañana y noche, aun después de cada comida, empleando los polvos siguientes:

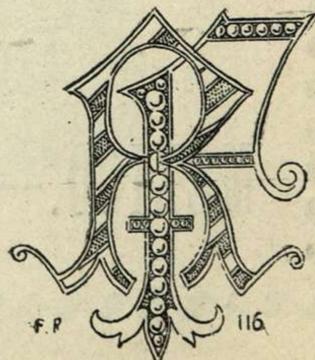
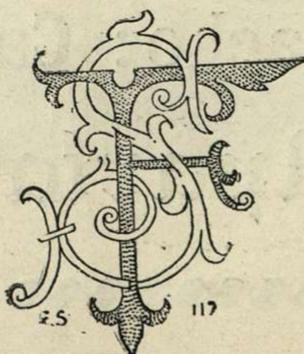
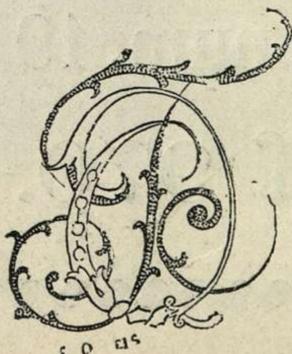
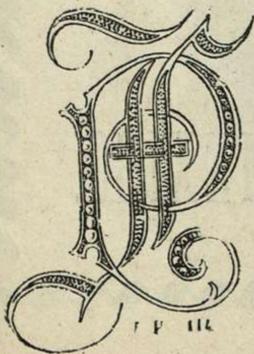
- Creta pulverizada... 50 grs.
- Magnesia calcinada. 50 "
- Piedra pomes pulverizada..... 5 "
- Salol pulverizado... 2 "

enjuagao después bien la boca y la garganta con agua destilada caliente á la que le pondreis hasta colorearla, la solución siguiente:

- Permanganato de potasa.....1 gramo.
- Esencia de menta.....5 "
- Agua destilada.....200 "



D.—Sortijas última novedad.



LA FLOR DE TABASCO.

MARCA:

“FLOR Y CAMPANA.”

GRAN FARRICA DE CHOCOLATE

LA MAS ANTGUA EN LA REPUBLICA,

Fundada por el Señor Don Ignacio K. Ferrer en 1867.

ACTUAL PROPIETARIO:

Flaviano Munguia

Para centuplicar el crédito de esta antigua Fabrica, se han hecho reformas de importancia por la buena fabricacion de sus CHOCOLATES SIN RIVAL; tanto las clases finas como las medianas, han sido notablemente mejoradas.

Especialidad de la Casa:

Chocolates elaborados con cacao Soconusco Amargo a 50 centavos el paquete de 230 gramos. Dulce a 38 centavos el paquete de 230 gramos. Variado surtido de PASTILLAS DE CHOCOLATE A LA VAINILLA.

En molliendas á la orden, se pone especial cuidado, sujetándose

extrictamente á la fórmula que se determine.

Es la casa que tiene la mejor combinación de ganancias para los chocolates.

CHOCOLATES ESPECIALES

PARA LOS ESTADOS DE LA FRONTERA.

Fábrica: Segunda Rivera de San Cosme número 38 y medio.

Despacho: Calle de Tacuba num. 19 A.

MEXICO.--Apartado Postal 970.--MEXICO.